

# EL MOTÍN



Año XXXIV.-Madrid, Jueves 30 Abril 1914.-Número 18.

SUCURSAL:  
RIVADAVIA, 628  
BUENOS AIRES

## EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL

CON 16 PAGINAS Y CARICATURAS  
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION  
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

### PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1.50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1.50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

## ¡PATATAS, A REAL!

¿Te vas convenciendo, canalla estúpida que buscas en el trabajo satisfacción á tus necesidades, que ha sonado tu última hora? Hasta la patata, ese democrático tubérculo que se dignaba visitar de cuando en cuando tu grosero estómago, se aristocratiza y eleva á las regiones del ideal.

Desde el respeto hasta la justicia, desde el bienestar hasta la alegría, desde la carne hasta la patata, todo huye de ti. Produces el mismo efecto que la peste.

Ya era tiempo ¡vive Dios! de que desaparecieras de este hermoso vergel español que has regado con tus lágrimas y abonado con tu sangre, y no perturbases con tus necias declamaciones y tus ridículas quejas el placido contento de las clases privilegiadas.

¡Cuánto voy á gozar al ver por esa calles, primorosamente empedradas para que rueden bien los coches y las bicicletas, á más niñas pálidas, más jóvenes anémicas y más ancianas escuálidas de las que ahora veo! Y si alguna se propasa á importunar al elegante transeunte demandándole una limosna para acallar por un momento su hambre veterana, ¡con cuánto gusto veré que un agente de Orden público las conduce á la prevención!

No gozaré menos al mirarlas en estas poéticas mañana revolver nerviosamente los montones de basura antes que los echen al carro, y llevarse con ansia á la boca, ya el troncho de col podrido, ya la hoja de le-

chuga lacia, ya las cáscaras de habas revueltas con ceniza.

Y gozaré más aún al advertir que tropiezan con un hueso pelado y se lo llevan furiosamente á la nariz, creyendo que por el órgano del olfato va á penetrar en los suyos la sustancia que les falta.

Y si fuérame dado penetrar en los cuartos reducidos, bajos de techo y oscuros, donde tú, canalla inmunda, habitas, entonces mi contento se centuplicaría.

Un niño que llora porque el piltrafoso pecho de su madre está agotado; una madre que solloza viendo morir extenuado á su hijo; un joven que medita un crimen; un hombre que jura y maldice...

Habitaciones frías, hornillas apagadas, lechos de paja molida en el suelo, sillas desvencijadas, y ese penetrante olor á miseria perfumando el aire denso y mortífero que se ha instalado allí tiempo há como en casa propia y que nunca se renueva...

Asegúrote en verdad, chusma miserable, que sonó tu última hora.

¿Quién te lo hubiera dicho allá por la revolución de Septiembre, cuando te agitabas y bullías soñando con un porvenir en que la instrucción y el trabajo te elevasen á tus propios ojos? Aquellos delirios de emancipación, aquel afán por salirte de tu esfera, aquellas protestas contra todo lo que coartaba tu libertad, debían recibir el premio mercedado, y ya lo estás disfrutando.

¡A real la libra de patatas!

Esta frase es tu sentencia de muerte; y no muerte rápida, de un golpe, sin agonía, sino lenta, á alfilerazos, en un mes, en dos, en un año... Muerte duplicada, centuplicada...

¿No pedías reformas? Ahí las tienes. ¿Progreso? ¿Cuál mayor que el de pagarse á veinticinco lo que antes costaba seis? ¿Derechos? Desde el de suicidarte para no sufrir, ó el de sufrir por no suicidarte, todos son tuyos. Y que no te los disputará nadie, como nadie tampoco acudirá en tu socorro. Así, no te formes ilusiones y prepárate para desfilar cuanto antes en dirección á lo desconocido.

¿La caridad? ¡Sí! Para ti guarda sus tesoros, habiendo conventos que levantar, frailes y monjas que mantener y dinero de San Pedro que reunir.

Y ahora que hablo de conventos. Si quieres distraerte hasta que tus

debilitadas piernas se nieguen á conducirte de un lado á otro, ronda al rededor de ellos y aspirarás emanaciones culinarias que contribuirán á que expires bendiciendo una porción de cosas humanas y divinas.

Vuelvo á repetírtelo; no te formes ilusiones, ni esperes, ni pidas, ni supliques; todo será en vano. Arrebújate en la apolillada manta de la honradez, toma una dosis de resignación y espera estóicamente á la tía de la guadaña.

Lejos de ti todo pensamiento que te separe de esta idea: morir. La red social está tan admirablemente tendida, que te enredarías en ella si intentaras romperla.

Si pidieras trabajo, te llevarían á presidio por anarquista; si limosna, á tu pueblo de cárcel en cárcel por vago. Nada; no tienes otro remedio que dar pronto un chasco á los gusanos de la fosa grande regalándoles huesos y pellejo á cambio de la carne á que tienen derecho.

A morir, pues, plebe harapienta y asquerosa que sólo sirves para dar tus hijos á la Patria y tu vida al trabajo; á morir, ya que hasta la patata, tu antigua amiga, te abandona para que no turbes con tus bostezos la tranquila digestión de los esforzados paladines del orden, la propiedad y la familia, que para gloria de esta nación de imbéciles nos rigen y gobiernan, y bajo cuyo régimen paternal ha podido escucharse esta frase, reveladora de la prosperidad que disfrutamos:

¡Patatas, á real la libra!

JOSÉ NAKENS

El que creyese que he escrito ahora el anterior artículo con motivo de la subida de las patatas, se equivocaría: lo escribí y publiqué en 1884.

De escribirlo ahora, habría tenido que recargar las tintas, porque estamos mucho peor que entonces en todo.

Y más degenerados y más indiferentes.

## Miscelánea

El 20 del actual se bajan del tren en Sama de Langreo unos frailes.

Un vendedor de periódicos grita en aquel momento, ¡EL MOTÍN!, y enfurecidos llaman á un guardia de orden público para que lo prenda.

Yo, en cambio, cada vez que oigo pregonar un periódico clerical, lla-



mo al vendedor, compro un número, lo leo, me sonrío, y al terminar lo cuelgo de un clavo en el...

Excusado es decir dónde.

Sobre gustos nada hay escrito.

¡Ah! Se me olvidaba.

Y lo utilizó en el momento oportuno, volviéndolo a leer mientras acabo.

No me he explicado nunca por que se ensañan los clericales conmigo.

Si saben que estoy condenado a sufrir las penas del infierno durante esa temporadita que llaman eternidad ¿qué más pueden pedir ni desear?

Comprendería que los inspirase yo compasión y que dijeran al verme: «¡Pobrecillo! ¡La que le espera!» Pero indignarse y combatirme ¿por qué?

Si no insultarían a un sentenciado a muerte por la justicia humana, ¿cómo me insultan a mí, que lo estoy por la divina, según ellos se han enterado no sé por quién, ni cómo, ni cuándo?

El viernes último, frente al Congreso, un desventurado pedía limosna. Llevaba en el pecho este cartel:

*«Caridad implora un maestro de Escuela, víctima del cacique y del cura.»*

Pasaron muchísimos diputados, y no le socorrieron.

Torpe fué ese maestro.

Hubiérase disfrazado de fraile, si no le causaba mucha repugnancia, y pedido para su convento, y habría juntado en un cuarto de hora lo suficiente para vivir un par de años hecho un procer.

Lo de decir en el cartel que era víctima del cacique y del cura, fué también innecesario.

Los maestros en España fueron siempre víctimas de ellos.

Conforme se acerca el término fatal en que debo desaparecer del mundo de los vivos, me va entrando un miedo formidable, y me preguntó angustiado: ¿Habrà otra vida? ¿No la habrá? Y me estremezco ante la idea de que pudiese haberla.

Encontrarme en el infierno con clericales ¡sería horrible, sería horrible!

Si supiera de cierto que la había, era capaz hasta de hacerme católico de veras para ir al cielo, donde no correría el peligro de tropezar con ninguno.

¡Si me darán asco, que hasta me avendría a soportar resignadamente la bienaventuranza eterna, con tal de no volver a verlos!

El yanqui Carnegie, incansable en su propaganda contra la guerra, ha

mandado imprimir cinco millones de cromos verdaderamente artísticos.

Representan a un oficial que se va a la guerra y a su mujer e hijos, que aparecen llorando.

La pequeña dice a su padre, abrazándole:

—Papá, ¿vas a matar al padre de una niña como yo?

La idea es delicada, pero sus paisanos no deben haberla sabido apreciar, cuando han matado recientemente en Veracruz a muchos padres de muchas niñas.

Un cura ha dicho en un periódico que el pueblo es ingrato con la Iglesia, que elevó su nivel moral.

No lo elevaría mucho, cuando no pudo despertar en su espíritu la idea del agradecimiento.

El obispo de Luxemburgo (Francia) ha sido condenado por los tribunales, en virtud de querrela presentada contra él por varios diputados de la izquierda, a quienes calumniosamente acusó en un discurso del Congreso católico de Metz, de haber querido ceder a buen precio las concesiones mineras de dominio del Estado.

La condena ha sido de 200 francos de multa, 200 de daños y perjuicios a cada una de las partes, e insertar la sentencia en tres periódicos nacionales y otros tres extranjeros, así como al pago de las costas.

Si no tuviese la seguridad de que en España no hay juez que se atreva a condenar a un obispo, me distraería denunciando a todos los que insultasen a EL MOTIN.

Pero teniendo esa seguridad ¿a qué perder el tiempo?

Los curas y los frailes dicen que el liberalismo es pecado, y se afanan por sacar dinero a los liberales católicos.

Luego viven del pecado. Y no del todo mal, dicho sea sin intención de alabarlos.

Ya quisiéramos vivir de igual modo los que tenemos la desgracia de no poder fingir tan bien como ellos que tenemos creencias religiosas.

## DOS MILAGROS

Uno de esos dos Gallos que torear, no recuerdo ahora si el grande o el chico, es devotísimo de la Virgen de la Esperanza.

Un toro le dió una cornada hace poco, y le abolló una medalla de la sacratísima Señora, que llevaba no sé donde. El milagro no pudo ser más patente.

Ahora otro toro le ha dado otra cornada en el mismo sitio, y le ha quitado la abolladura a la medalla,

cosa que no me explico, si no la llevaba vuelta.

No discuto ninguno de los dos milagros; sólo digo, que si el toro hubiese metido con ganas el cuerno, es seguro que se lleva la medalla por delante; y que la manera mejor de demostrar ese Gallo su confianza en la Virgen, sería arrimarse siempre a los toros más que ningún otro torero. Contando con el amparo de ella, ¿qué podía temer, aunque el cuerno del toro le entrase por el pecho y le saliera por la espalda?

Entréguese al peligro en esa confianza, y tenga la seguridad de que, como el milagro se realice, en cada tarde de corrida en que él intervenga, habrá más conversiones que cuantas pudieran hacer en cien siglos todos los curas y frailes juntos. Yo se lo fío, y me suscribo desde ahora a ser uno de los primeros conversos.

Pero mientras vea que toma precauciones para que los toros no lo cojan, o que escurre el bulto a lo mejor, la verdad, no creeré que él cree que la Virgen es quien lo salva.

Y creo más; que no le conviene propalar mucho eso de que cuenta con la protección celestial, por que entonces ¿qué mérito sería el suyo? Sabiéndose que toreaba sin riesgo ¿quién iría a verle?

Aparte de que, si el ser devoto de la Virgen de la Esperanza salva se de las cornadas, no habría torero que no lo fuese, y entonces ¡adiós la fiesta nacional! ¿Quién iría a los toros sabiendo que los lidiadores no arriesgaban la piel?

Hay además otra razón para que no abuse del nombre de la Virgen; la de que si un día lo coge de verdad un toro, va a suponer la gente que ha dejado de ser devoto suyo, o que ha cometido algún pecadazo tan gordo, que la divina Señora le ha retirado su protección.

¿Y para qué andar en lenguas sin necesidad?

## Incapacitados

Si los católicos están incapacitados para ocupar cargos públicos.

No podemos menos de reconocer que hay muchos católicos que por su educación y sus cualidades personales merecen la confianza pública, pero no se nos podrá negar que, hay, sin embargo, principios que llegan más al fondo que la educación y las cualidades personales.

Al decir nosotros que hay principios que llegan más al fondo que la educación y las cualidades personales, hemos significado que, no obstante esas cualidades y esa educación, hay para el católico principios que en un momento dado, le obligarían a pasar sobre su educación y sus cualidades personales. Esto es,



que, si un católico, no importa lo educado que sea y las cualidades personales por apreciables que puedan ser, se encuentra en que tiene que cumplir con el deber que e puesto que desempeña le exige, y el cumplimiento de ese deber implica un agravio para su Iglesia, ese católico, si es católico de verdad, y atiende á las exigencias de su conciencia religiosa, con los consiguientes temores del pecado, irremisiblemente tiene que faltar al cumplimiento que el desempeño de su cargo le exige.

Más claro aún. Supongamos que un católico desempeña un puesto en el que se necesita una discreción absoluta en un asunto en el cual la Iglesia católica es una de las partes, por ejemplo: en un litigio entre el Estado y la Iglesia, y que, de cierto dato que ese católico, por el cargo que desempeña posee, depende el triunfo ó la derrota de su Iglesia; triunfo del cual, no tan sólo se derivan beneficios pecuniarios, sino que también va envuelto el prestigio de una elevada personalidad de su Iglesia, ¿cuál sería la conducta de este católico? Antes de contestar á esto, hay que fijarse que en este caso se trata nada menos que de una alta personalidad de su Iglesia, cuyo desprestigio traería la deshonra de los suyos, y que á la vez se trata de la obligación contraída por ese católico con el cargo que desempeña. Hay que fijarse además en que los católicos, en todo tiempo y lugar son primero católicos y después ciudadanos, de lo cual se gloria la Iglesia católica, por ser éste uno de los factores de su vitalidad.

En la vida no se puede ser nada más que una sola cosa y no se puede depender de una iglesia y al mismo tiempo ser un hombre libre.

Afirmamos, pues, en el sentido de que los católicos, no obstante haber muchos que por su educación y sus cualidades personales merezcan la confianza pública, no deben ser elegidos para desempeñar cargos públicos, porque ellos, antes que nada son católicos, y porque hay principios que llegan más al fondo que la educación y las cualidades personales.

DR. G. S. BERLAVAL

El director espiritual de la Cofradía del Rosario Perpetuo; se lamenta con la Presidenta de que las señoritas Cándida y Simplicia, andan diciendo por ahí que se aburren en sus sermones.

A lo que la Presidenta, con la ligereza y la irreflexión habituales en su sexo, contesta.

—Oh, señor! No se preocupe usted de lo que digan esas niñas: no hacen más que repetir, como es su costumbre, lo que oyen por todas partes.

## Los Jesuitas en liza

Me he llevado chasco. Creía á los jesuitas de nuestros días convencidos de que el siglo XX no es el siglo XVII, de que el público es otro público, la crítica otra crítica, la guasa otra guasa, la polémica otra polémica, y sobre todo, que no es lo mismo discutir con hombres como los obispos Palafox y Cárdenas, ó con creyentes como Pascal y Gioberti, ó con irrailes obligados á no pasar los límites eclesiásticos, y que otra cosa es discutir con el racionalismo radical que lo mismo abre proceso criminal á los santos que á los herejes y lo mismo oye en justicia al señor Dablo que á San Miguel.

Esta creencia fundábase en mil experiencias ajenas y en la mía propia. Pues es de saber que por haber publicado, siendo aún esclavo del clero, unas futesas sobre San Ignacio, me vino la Santa Sede exigiéndome abjuración de aquellas verdades forzándome á llamarlas errores, y poniéndome el puñal en el pecho so pena de confesarme calumniador. Y de esta abjuración falsa, exorbitante y cínica, habían sido redactores el Delegado del Papa y el Cardenal Casañas, y revisores el auditor de la Rota Sr. Soto, el académico Miguel Mir y el agustino Padre Miguelez.

No lograron de mí tal confesión de calumnia; pero hube de pedir perdón de las injurias al santo... y claro está que con tales porrazos de la Santa Sede, no puede haber católico que, en polémica con los jesuitas, resista el segundo ataque.

Otra vez, por haber dicho y probado que la pobreza de los jesuitas era una sinvergüenza y una falsedad, me echaron encima al entonces obispo de Tarazona y ahora arzobispo de Zaragoza, el cual en una Pastoral plagada de arbitrariedades, sostuvo la pobreza de la archmillonaria orden de Ron Alvarez y cliente de Rotschild.

Otra vez fué Nosedal el lanzado á mi encuentro; nunca un jesuita dió la cara, ni firmó escrito. Sólo en la conversación privada se desataba á su antojo, y sólo una vez el jesuita Solá se atrevió á llamarme *calumniador* desde un púlpito de Valencia, por haber publicado la noticia de cierta *instrucción secreta* del General sobre la política española. Repliqué á la sandez del jesuita publicando el texto literal y ofreciendo la fotografía del documento y... ¡mutis!

¿Han rectificado algunos de esos señores testaferreros, los errores y falsedades que sostuvieron contra mí? —Ni por pienso. Su moral carece de este precepto moral.

Pues ahora, con ocasión del libro del P. Mir y del mío, más de una vez me presenté el problema: ¿qué harán los jesuitas?

Y juro por mi honor que no les creía tan necios ni tan dejados de la mano de Dios, que dieran pie al escándalo armado por el libro del Padre Mir, con la martingala de la parienta, segunda edición de aquella hermana de Mossén Verdaguer, utilizada para suplicio de sus postreros días. No les creía tan necios que no comprendan que nuestro tiempo está harto de esas raposerías, que ni ya entre los católicos cuajan; y que ya no es posible destruir la acusación de un libro con autos judiciales, ni con reales órdenes, ni con gatuperios polémicos de ninguna clase.

—¿Qué harán? me preguntaba.

Y pensé en algunos recursos de que podrían con relativa honestidad echar mano; mas no barrunté la serie de desatinos cometidos y al parecer por cometer, con los cuales van haciendo reclamo estrepitoso al libro que querían ahogar. En fin: que este trabajo desatinado y contraproducente, es de aquellas locuras desatadas del que echa piedras á su tejado, sólo por demostrar que tiene puños y puntería. Y en este camino... ¿quién cuerdateamente podrá trazar el camino que seguirá un loco? ¿Cual sabio acertará el desatino que inventan el necio?

Pasó con el libro Mir aquello; y con el mío, apenas salida la primera entrega, viene un diario de Cáceres retándome á singular combate sobre lo por decir. Mucha majadería es la del que llama falso lo que no se ha dicho todavía; y muchas agallas necesitaba el guapo canónigo ú obispo que se arriesgase á romper unas lanzas conmigo.

Claro está que no voy á aceptar á cualquier ganapan como contrincante, será ó no será obispo. Y por si fuese el obispo de Coria el enviado por la Compañía ahora á probar quién de los dos nos descalabramos, estoy dispuesto á convencerle en pocas palabras de que no le conviene meterse en este fregado; pues con él no discutiré de San Ignacio, sino que le discutiré á él mismo en todo caso.

Es decir, que aquí los testaferreros no van á servir. Saldrán los jesuitas, si quieren, y arriesgarán el honor de la Compañía.

Y... ya estamos metidos en harina.

Ahí está el jesuita... El consabido jesuita, en un folleto que parece ser el primer disparo del Instituto. Intitúlase *Lo que son los jesuitas*—y es son: los del folleto.

En polémica son eso: un anónimo que no se atreve á dar la cara; que simula imparcialidad y aún toma



cierto gesto de antijesuita para *disimular* su sotana: y tan desdichada ha sido en esto la Compañía, que, después de presentar una especie de efigie del autor en un mascarón estampado en la portada, y después de firmar el prólogo «El Autor», resulta que no hay más nombre de autor ni más retrato que el del General Wemz, con el bonete calado, contraída la pupila y algo torcida la boca por una risilla entre volteriana y maquiavélica. El folleto nos dice que nació en Rothweil, lo cual es muy importante saber.

Tal es el único nombre de jesuita que sale en el folleto: el del General.

Bien; si es el General el contrincante, venga la tarjeta y en guardia, que espero tirarme á fondo y dar a primera ó á segunda, aunque amenace á quinta.

Bienvenido sea el campeón al campo.

El folleto tiene por objeto dar á entender al lector que todo ataque á la Compañía proviene del sectarismo anticatólico. Para probar que él no es un sectario del jesuitismo, habla de San Ignacio con cierta soltura que no se pueden permitir sus contrarios. «El Loyola» llámale á cada paso; y Loyola va, y Loyola viene... Pues ¡venga el Loyola ese y démosle á talante jesuita.

En total no dice nada: cuatro cosas muy sabidas y... muy trituradas y muy farisaicas.

Si se formaliza la cuestión y si el anónimo se quita la careta, discutiremos lo que cree, lo que dice, lo que dice y no cree, lo que cree y no dice el autor, tan mañoso como insolente al tratar de los adversarios de los jesuitas, á quienes entre otros insultos nos llama «personas de escaso intelecto.»

El «intelecto» jesuita es cosa prodigiosa.

Así el folleto, escribe con letras epigráficas: «Los enemigos de los jesuitas denominan al General el Papa Negro, sin duda para crear un cisma que llegue á excluir esta orden de la Iglesia católica. Con decir que los profesos hacen el cuarto voto de servir al papa... (¿los profesos, quienes son?), queda aprobado el absurdo... etcétera.

¿Quiere el lector saber cómo sirven al papa los jesuitas? Pues, vea este texto de los gravísimos Padres Bolandistas en sus *Anales* de 1913, página 292:

«Ce n'est pas d'ailleurs la seule fois que la Pape (Paulo IV) voulut s'immiscer dans le gouvernement de la Compagnie».

En cristiano significa, hablando de Paulo IV, que tenía de Ignacio una deplorable idea:

«Más de una vez quiso el Papa ingerirse (mezclarse, meterse, intrusarse etc.) en el gobierno de la Compañía».

El tono y forma del texto vale cien veces más que el fondo. En efecto: el tono despectivo de la censura deja la impresión fija y clara de que los Jesuitas tienen por intruso, por invasor y por usurpador al Papa cuando trata de intervenir sus cosas, aunque sólo sea para averiguar lo que pasa en la secta secreta.

De descaros como este, las páginas del folleto están llenas. No vamos á enumerarlas siquiera: bastará un botón para muestra:

\*\*\*

He aquí unos parrafitos de los más deliciosamente escritos por el anónimo sobre los tiempos de San Ignacio:

«Hasta tal punto era cierto el estado de descomposición y crisis por que atravesaban los servidores de la Iglesia Católica, que Paulo III se alarmó y trató de emplear remedios enérgicos que pusieran coto á tan pernicioso ambiente.

El mal se generalizaba por todas partes, lo mismo en Roma que en las demás diócesis y conventos. Necesitábase extirparle antes de pensar seriamente en combatir la herejía.

Para acometer esta árdua empresa el Papa nombró en 1583 una Congregación compuesta de cuatro cardenales y cinco obispos ó prelados, los cuales, después de sondear todas las miserias que laceraban el Catolicismo, emitieron su opinión en esta forma:

«Las órdenes religiosas están de tal modo viciadas, que vienen á ser la piedra de escándalo para los seglares, y perjudican mucho á la cristiandad con su ejemplo. Creemos urgentísimo el abolir las todas sin ultrajar á ninguna, prohibiéndolas el recibir más novicios. De este modo quedarán bien pronto extinguidas pudiéndolas después sustituir con verdaderos religiosos. En la actualidad deberemos eliminar de los conventos á cuantos jóvenes no hayan profesado. Otro de los abusos que perturban al pueblo cristiano son las religiosas que existen bajo la dirección de los frailes conventuales. En la mayor parte de los conventos de monjas se cometen sacrilegios públicos con escándalo de los ciudadanos. Su Santidad debe de rogar á los conventuales toda autoridad sobre las religiosas, adjudicando á los obispos la dirección de los referidos monasterios.»

Este cuadro decaído se halla en los archivos del Vaticano y no se limita solamente á estas revelaciones, sino que, dirigiendo una ojeada á la instrucción de los pueblos y sobre la educación de los niños, declara que corrompían á la juventud por medio de culpables doctrinas.

Tal era la situación de la Iglesia cuando el ex-soldado Ignacio de Loyola, en unión de sus prosélitos Lefèvre y Laynez fueron á echarse á los pies del Pontífice Paulo III. etc.»

¿Verdad que viene bueno el folleto? Para EL MOTÍN es de perlas este papel del *Archivo Vaticano* que sólo

el general de los jesuitas puede escaudriñar.

Está visto que en el año 1583 EL MOTÍN entraba ya en el Vaticano y que las cosas andaban como en 1895 y como en 1913. Pero bueno es saber que el Papa no puede negarlo desde ahora, y agradecemos al autor del folleto la noticia.

Pero... vamos á ver, Padre General, ó quien sea: ¿Para quién escribe usted?... Porque el caso es que si ese diagnóstico y pronóstico son del año 1583, coge de lleno á los Jesuitas como á los otros frailes, y miente bárbaramente el autor cuando más abajo dice que eso era antes de nacer los jesuitas, en tiempos de Paulo III...

¡Paulo III!... En 1585 habían muerto él, sus queridas, sus hijos y aun alguno de sus nietos había sido ahorcado en patíbulo, sin que fuese á salvarle San Ignacio, que salvó á otro ahorcado en Barcelona.

En 1585, la Compañía tenía extendida su peste en todo el mundo.

Con lo cual, quedamos en que el año 1540 no es el año 1585, aunque lo diga el General de los Jesuitas, alemán, y nacido en Rothweil, donde además del General de la Compañía, nació el ama de cría del mozo de espuelas de don Belisandro.

S. PEY ORDEIX

## Verborrea

No escarmentamos. Somos un pueblo de parlanchines.

Apenas se da á conocer un joven en la vida pública, la primera pregunta formulada al cantante á sus cualidades es: ¿qué tal habla? Como si la oratoria fuese la panacea que ha de curar todos nuestros males. Gente de mucha imaginación, los andaluces, han batido el *record* de la elocuencia con D. Emilio Castelar y Ripoll á la cabeza. ¿Qué ha quedado de todas aquellas galas oratorias del gran tribuno, fundador del posibilismo? Los más famosos discursos de nuestros anales parlamentarios se deshicieron como pompa de jabón. Fueron, á lo sumo brillantes fuegos de artificio que deslumbran de pronto, para sumirnos luego en la más profunda de las oscuridades.

La abundancia de las palabras suele correr parejas con la escasez de los hechos. Nuestros políticos están desacreditados por haber prometido mucho y cumplido poco. Ahora, que ya es tarde para ciertos arrepentimientos, se encierran en el más absoluto silencio para darse misteriosa importancia. Maura ha dado el ejemplo, y son muchos los que pretenden imitarle. Es que el auditorio ha empezado á dar muestras de cansancio y está convencido de que la más pequeña práctica vale más que todas las grandes teorías.

Ahora hemos cambiado los títulos y al discurso se le llama conferencia. Y como, por encanto han surgido de todas partes los conferenciantes. Se habla de todas las cosas y otras muchas más, como diría el gran Quavedo.

Esta abundancia de habladores tiene su



explicación en la distancia que media entre el orador y sus oyentes. Por regla general aquéllos son como señores y éstos como esclavos. La gran mayoría del auditorio aplaude sin comprender lo que acaban de decirle. Y es que el pueblo vive en una miseria intelectual que da lástima. En primer lugar aparece la falange de los analfabetos, luego viene la de los que apenas saben leer y después la de los que leen, pero no entienden.

Además hay en nuestra masa popular una candidez una buena fe, inagotable. Des de las Cortes de Cádiz acá han transcurrido muchas legislaturas. Todo han sido mensajes de la Corona, programas políticos promesas de reformas y reforma de promesas. Pues bien; á pesar de tantos engaños y de tanta inútil charla, el pueblo b. nación, cree todavía en la oratoria de nuestros hombres públicos y guarda con afán la apertura de las Cámaras para enterarse de los brillantes párrafos que han soltado el tribuno A, el prch mbre B, el jefe C y todos los Dulcamaras que han de hacernos felices.

Si nuestra educación política fuera completa; si estuviéramos á la altura intelectual y moral de los pueblos prácticos, esto no ocurriría en España. Poco á poco irían desapareciendo los charlatanes de oficio para ceder el paso á los hombres útiles; la *verborrea* actual caería en el ridículo y los hechos se impondrían á las palabras.

Pero esto va para largo; porque si un Pí, si un Costa han levantado la voz para encauzar las aguas por el buen camino, pronto cesó la influencia de los buenos para dar lugar á las riñas de gallos parlanchines, y la masa indocta ha olvidado las lecciones de los sabios para correr en pos de los charlatanes.

Con ser la Medicina una ciencia respetable, el vulgo tiene aquí gran predilección por el curanderismo. ¿Por qué? Porque, aparte del fracaso de algunos doctores, la masa vulgar se encuentra al nivel de sus embaucadores y cae más fácilmente en las redes. Si los médicos verdaderos se despojasen del tecnicismo y propagaran las verdades científicas con sencillez, en lugar de encastillarse en sus misterios, ganaríamos todos: el público en ilustración; el profesor en estima. Ahora sucede todo lo contrario.

Una de las condiciones oratorias es la llaneza.

El lenguaje lleno de naturalidad, comprensible para todos, no rechaza la elegancia. Para decir verdades no hacen falta repajes de elocuencia. Para mentir sí son necesarias todas las figuras de la retórica.

Son muchos los ciudadanos que ignoran el sentido de ciertos vocablos, tales como *ecuanimidad* *euforia*... El ánimo más justo se vería apurado para llevar el calor de la demostración á un auditorio de iletrados. La palabra ha de ser fácil. Esta facilidad es doble, de expresión para el orador, de comprensión para el oyente. Cuando faltan la expresión ó la comprensión, se pierde todo el sentido.

Citaré, entre mil, un caso curioso. El señor G., jefe de partido, llega á la tribuna y dice:

—He venido con premura...

Una voz del público:—¡Que hable Premural!

*Et sic de ceteris.*

JUSTO LIPERAL

## Movimiento filosófico y científico

Intervención del mundo médico alemán

contra la explotación de Lourdes

Este año se verificará en Lourdes la gran manifestación católica internacional del Congreso eucarístico. De aquí emana una gran recrudesencia de peregrinaciones y de histerias.

No solamente Francia; otras naciones sienten también la conmoción milagrosa. Alemania, si damos crédito á la «Semana Religiosa» de París, ha enviado en 1912 veintidos trenes á Lourdes; número que aumentó en 1913.

En consecuencia, el mundo médico alemán ha sentido gran emoción, derivada de un noble sentimiento de responsabilidad profesional, á causa de esa ola de multitudes empujada á la célebre piscina.

«La Cámara de Medicina de la alta Baviera» vió en ello suficiente motivo para reunirse en Munich, convocada por la «Unión Médica» de dicha ciudad.

Y allí ha decidido comunicar á las autoridades médicas, á las Universidades, á la prensa, al gobierno del reino de Baviera y al del Imperio la siguiente grave declaración que el «Berliner Tagblatt» ha publicado:

«En oposición á los demás centros de peregrinación, la agitación en favor de Lourdes ha sido colocada sobre un terreno puramente médico. Las curaciones que se pretende haber sido obtenidas y que han sido y son certificadas y publicadas por una oficina de *constatación médica*, fundada en tal sitio desde 1892, exigen que los médicos alemanes tomen posiciones apropiadas en esta campaña.

Se trata, ante todo, de un interés directo de la profesión. En esos anuncios de curaciones se opone formalmente, á la *insuficiencia* de la ciencia médica, la *acción curativa ilimitada y sobrenatural de Lourdes*. Y se da publicidad á los nombres de los médicos que garantizan la realidad de esas pretendidas curaciones.

En presencia de tales hechos, una organización que debe velar por el prestigio de la profesión, no podría permanecer pasiva más largo tiempo.

El deseo de una luminosa investigación existe también de parte de los representantes de la concepción del mundo, sobre la cual se apoya la creencia en Lourdes.

Partiendo de todo lo que en estos tiempos ha sido publicado con referencias á Lourdes, es posible suponer que esos anuncios de curaciones son exagerados y constituyen una inducción al error.

La enumeración de médicos dis-

tinguidos cuyo testimonio se publica como prueba de un auxilio científicamente inexplicable, ha resultado ser, en parte, una *SUPERCHERIA* que redunda considerablemente en desprestigio de la dignidad profesional médica.

Nos hallamos, pues, directamente en presencia de un abuso de la natural autoridad que da el título de médico, abuso encaminado á una *ESPOLACIÓN ECONÓMICA*.

Hay que reconocer que todos los años millares de nuestros compatriotas se dirigen al indicado lugar, y que millones del capital nacional son precipitados al abismo, gracias á la agitación en favor de Lourdes. Los enfermos se exponen á serios daños corporales y en parte á peligros de muerte, por haber dejado escapar el momento en que la intervención del médico era absolutamente precisa.

A tan severo juicio de una *vergonzosa explotación*, de una *espoliación financiera*, ó dicho de otro modo, de un robo hecho á los alemanes por una empresa del clericalismo francés, los sabios de Alemania exigen una sanción oficial.

La Cámara Medical ha añadido á tal declaración que ha impresionado á toda la Alemania científica y á la prensa de aquél país, la moción siguiente:

«La Cámara de Medicina ruega al Gobierno fije sobre la propaganda de Lourdes la atención que reclaman los intereses de la higiene y de la economía popular.»

¿No debería, á su vez, el Gobierno de la República francesa proteger á los extranjeros contra una *ESTAFADA* que resulta intolerable y desearrazar á la Francia de tal vergüenza?

Creemos que sí.

## Un proceso, una poesía y un libro

Los clericales de la Defensa Social pidieron que fuese procesado Luis de Tapia por haber publicado en *España Nueva* unos versos preciosísimos el día 19 de Marzo, alusivos á mi celestial tocayo, y se salieron con la suya, como era de esperar. El proceso se llevó á rajatabla, y ya está en la Audiencia. Y entretanto, y sin duda para influir en el fallo, el obispo de Madrid ha excomulgado al poeta.

Y ahora los de la Social han inducido á las señoras católicas á que acudan al gobierno pidiéndole que sea Tapia castigado, y que se impidan los ataques á la religión.

El jesuitismo azuzando á los ele-



ricales, éstos parapetándose tras las señoras para disparar á mansalva...

¿Verdad que da gusto vivir en un país donde los hombres parecen mujeres por lo chismosos?

Va á ser cosa de tener que preguntarle á muchos que llevan bigote: «¿es usted macho ó hembra?» pues los pelos en la cara, que siempre fueron signo de virilidad, van dejando ya de serlo.

Y á propósito de pelos, allá va un sucedido que no encaja del todo mal aquí.

El mismo día que se encargó del mando del regimiento un coronel, encargó que le enviaran un ordenanza á la mañana siguiente.

Llegó el soldado á la casa, avisaron al coronel, y ordenó que pasase á su alcoba, donde él estaba en la cama con su señora: la respetable dama lucía un bigote regular.

El soldado, que no conocía al coronel, se quedó perplejo ante aquel par de caras adornadas de pelos, pero reponiéndose al instante, preguntó antes de que su jefe le interrogara: —¿Cuál de usías es el coronel?

Tratándose de los maricas con pelos en la cara que se dan ahora, hubiera tenido que preguntar: —¿Cuál de usías es la coronela?

Pero dejaré á un lado lo de los sexos invertidos, para felicitar á Tapia por no haberle echado encima los suciales esta teoría del Dr. Marianus de Luca, profesor en la Universidad del Vaticano, cuyas obras recibieron la aprobación papal en 1902:

«La Iglesia católica—dice este teólogo—tiene el derecho y el deber de matar á los herejes, pues es solamente por el fuego y la espada que sus errores pueden ser extirpados. La excomunión á secas la toman á broma. Si se les encierra ó se les encierra, corrompen á los que les rodean. Así, pues, no queda más recurso que darles la muerte. Y no se debe permitir que el arrepentimiento los libre de ella, como tampoco á los malhechores vulgares, pues el mayor bien de la Iglesia es la unidad de la fe y ésta no puede ser conservada más que por la muerte de los herejes.»

Como podrá ver Tapia, esta teoría es un poquito más avanzada en barbarie que la que tratan de aplicarle. Y ahora que de él hablo.

Me complace ver que, cual siempre, ha dado en esta ocasión pruebas de su galantería con las damas. Léase á continuación la poesía que les ha dedicado:

### ¡POR DIOS, SEÑORAS!

Con pena, lector amigo,  
veo, entre otras muchas cosas,  
que «la han tomado conmigo»  
las señoras religiosas...

Yo siento que la mujer  
(de Jadraque ó de Alcañiz)  
me tome por Lucifer,  
cuando soy un infeliz.

Yo convencerlas quisiera  
(y por eso aquí las hablo)  
de que no soy una fiera,  
ni mucho menos un diablo.

Yo no soy un bicho «indino»  
ni un demonio espeluznante...  
Yo soy un muchacho fino...  
(y hasta un poquito elegante).

Yo con frecuencia me lavo,  
no huelo á azufre jamás,  
y hasta carezco de rabo...  
(¡Claro está que por detrás!)

Yo no vivo en los infiernos  
con mi mujer, que es mi amiga...  
No tengo escamas ni cuernos...  
(¡En buen momento lo diga!)

Tengo tres hijos (retablos  
que mi altar casero encierra),  
y ¡esos sí que son tres diablos  
que me dan bastante guerra!

No soy Asarot, señoras,  
ni uso de Luzbel los motes,  
ni «tiento á las pecadoras»...  
(Como algunos sacerdotes).

Yo soy pulcro, y lo que digo  
lo digo sin mala fe...  
Yo nunca he sido «enemigo  
personal» de San José.

Son, pues, un grano de anís  
esos pujos que os asustan...  
Yo, por ser, soy hasta un Luis.  
(Y ¡bien los «luises» os gustan!)

Yo soy un poeta humilde  
(á vuestros pies, á estas horas),  
á quien no existe quien tilde  
de no amar á las señoras.

Por eso, corderas mías,  
dejáos de hostiles modos,  
y de protestas bravías,  
y... ¡á vivir tranquilos todos!

¡No siendo yo Lucifer,  
vamos, sin lágrimas tristes,  
cada cual á su quehacer...  
Yo á rimar y á hacer mis chistes,  
y vosotras, á coser!...

LUIS DE TAPIA

¿Ha agradado la poesía á mis lectores? Seguramente que sí. Cuando leen EL MOTIN es por que son personas de buen gusto.

Que es precisamente para las que Tapia acaba de imprimir un elegante tomo, titulado *Coplas*, que se vende á 2'50 en las principales librerías y en el que ha recopilado lo mejor de lo superior que ha escrito en *España Nueva*.

Y conste que esto no es reclamo de amigo, sino justicia de crítico literario que no ejerce.

## DIOS LO QUIERE

Claustro de un convento de frailes. Fondo romántico de cipreses y naranjos. Fray Severo conversa con fray Benito. Ambos saben de las co-

sas del mundo lo que nosotros de nuestra propia familia. Viven olvidando... Pero, oigámosles. De vez en cuando, llegan á sus oídos ecos del mundanal ruido, y los pacíficos y tonsurados mortales gozan lo indecible en mezclar con suavidad agustina las andanzas paganas de la tierra con las soberanas beatitudes del cielo.

Fray Benito.—¿Y fué en un periódico?

Fray Severo.—Sí, hermano Benito: en uno de esos papeluchos inmundos que más de una vez nos indujeron á pecar.

Fray Benito.—No los recuerde, fray Severo.

Fray Severo.—Pero es cosa santa, hermano. Se trata de un milagro.

Fray Benito.—¿Qué dice? ¿Un periódico hablando de un milagro?

Fray Severo.—Paseando ayer junto al huerto de los maizales, en un periódico que había dejado olvidado el hortelano, leí unas letras muy grandes que decían: «La Virgen de la Esperanza salva á un torero de una muerte cierta».

Fray Benito (santiguándose).—¡Cielos! ¿Un torero dice usted?

Fray Severo.—Por lo visto, fray Benito, aún hay quien duda de la fe de los toreros...

Fray Benito.—¿Lo dice por mi, hermano? Pues es cierto. Yo soy de los que duelen de la fe de los toreros.

Fray Severo.—De los que no son andaluces. Pero para éstos, lo primero es la Virgen, y lo segundo... la mujer y los hijos.

Fray Benito.—El Señor nos perdona!

Fray Severo.—¿No ha oído hablar, hermano Benito, de un torero andaluz, algo zanquilargo, pero con un bagaje de de-treza y de modernidad que alegran al más pacato, dicho sea sin ofender á los amantes de nuestra santa religión, y que se llama Joselito?

Fray Benito.—Me suena el nombre.

Fray Severo.—Pues ese es nuestro torero, fray Benito. La virgen de la Esperanza le distingue y es con él más dadivosa que con ninguno de nosotros. Vea, pues, hermano, si será grato al cielo el andaluz...

Fray Benito.—¿Y qué es ello?

Fray Severo.—De una grave cogida hubiera sido o ¡jeto nuestro torero si una medalla de la virgen de la Esperanza, que llevaba sobre el corazón, no hubiese evitado la cornada. Y el caso es singular. En un pericance, de toros también, el cuerno de un miura fierísimo le abolló la medalla, y en la última corrida de Sevilla, el cuerno de otro miura le quitó la abolladura, y gracias á la medalla no llegó á hundirse en el corazón.

Fray Benito.—¿Qué dice, hermano?



*Fray Severo.*—Lo que oye, fray Benito.

*Fray Benito.*—Luego ¿lo que llaman en el mundo la fiesta nacional la autorizaría el mismo Dios si bajase?

*Fray Severo.*—Naturalmente. Para los toreros son las glorias de la tierra y las del cielo, las caricias de los santos y las bendiciones del Señor. ¡Ya no hay milagros más que para ellos!

*Fray Benito.*—Cierto; de ellos y de nosotros se dice que somos la más clásica representación de España.

*Fray Severo.*—España somos nosotros. Mientras haya plazas de toros y conventos, no tema, padre, que huya la fe de nuestra patria. ¡Dios lo quiere!, como dijo Pedro, el Ermitaño, al excitar á los católicos á la Santa Cruzada. Dios quiere que rechemos...

*Fray Benito.*—Y que toreemos.

*Fray Severo.*—Esta es su voluntad.

*Fray Benito.*—¡Alabado sea!

ARTURO MORI

## Explicación innecesaria

Alude EL MOTIN á los republicanos retráidos de la llamada lucha activa y juzga este retraimiento mencionando, con su acostumbrada sinceridad, las causas en que á su parecer se funda ese hecho.

Pertenezco al número de los retraídos y en este concepto, aunque resulte contradicción, pido la palabra para exponer mi estado de espíritu: tal vez no sea mío individual y en tal caso podría contener alguna enseñanza. Y aun siendo exclusivamente mío (no lo creo así, de ninguna manera) no carecería de interés:

nin vale el azor menos  
por que en vil nido syga  
nin los exemplos buenos  
por que judío los diga.

Séame yo, en esta circunstancia, todo lo judío que se quiera: que como alguna verdad exponga no se perderá para todos. Y entremos en materia.

¿Qué se proponen ó deben proponerse, esencialmente, los republicanos españoles?

La restauración de la República destruida por un pronunciamiento militar secundado por un gobierno pseudo republicano.

Es una afirmación á lo Pero Grullo; pero todos los fundamentos racionales descansan en simplicidades de éste género.

En la instauración de la República todos los republicanos concordamos: todos aspiramos á lo mismo. Pero es como si no estuviéramos de acuerdo en nada. Esa es una idea substantiva y por consiguiente incompórtica y abstracta. Esa idea no puede tomar cuerpo sino por medio de una acción desarrollada en un procedimiento.

¿Por qué procedimiento vamos á instaurar la República? Esta es la cuestión, y aquí ya no estamos de acuerdo los republicanos, ni lo hemos estado jamás ni lo estaremos nunca. Es matemático.

Grosso modo podemos decir que hay tres tendencias:

Primera: instaurar la República por medios pacíficos y parlamentarios. La acción

consistiría entonces en obtener por el sufragio universal mayoría en el Congreso y el Senado. Obtenida esta mayoría ó antes de obtenerla revisar la Constitución: privar á la Corona del derecho constitucional del veto, representado por el derecho de disolver las Cortes sin límite de veces. Esto sería un jaque mate, puro y simple.

Teóricamente es acción posible; pero exige la sumisión voluntaria del poder real. No cabe revisión constitucional sin la anuencia de la Corona. Difícil nos parece este consentimiento. Sin embargo, aun es más hacedero que la purificación del sufragio.

El procedimiento, en suma, aun admitiéndolo como bueno, equivale á la revolución para el año 3000, de que habla ingeniosamente Urbain Gohier.

Segunda tendencia: la revolucionaria: echarlo á rodar todo, apelar á las armas, levantar barricadas sublevar tropas etcétera, etc. Vieja escuela. Otros hablan de un levantamiento proletario, la huelga general, lo desconocido y caótico. Escuela novísima.

La escuela vieja y la escuela nueva teóricamente pudieran completarse; pero en la práctica esa es cosa tan imposible como la cuadratura del círculo, el movimiento continuo ó la supresión de las corridas de toros...

Si aun se tratara únicamente de vencer el instinto de conservación social, la acción revolucionaria tendría ciertas probabilidades de éxito. Pero lo peor es que una revolución exige el sacrificio de los intereses particulares, la abnegación individual, el heroísmo de algún hombre, más aun, de algunos hombres.

No hablemos de esto. El heroísmo revolucionario no consiste exclusivamente en arriesgar la vida sino en exponerse á dejar impávido, entre las zarzas de los comentaristas, jirones de la honra. La época moderna, lo que antes se decía momento histórico actual, se caracteriza por un miedo invencible á todo género de responsabilidades.

Además la escuela vieja y la escuela nueva mencionadas van siendo cada vez más divergentes. La burguesía y el pueblo se desasocian por momentos. El socialismo se ha hecho republicano en su decrepitud, cuando el sindicalismo le ha empujado. El sindicalismo ha declarado en Francia que no saldrá á la calle en defensa de la República, aunque ésta pida auxilio. ¿Es posible esperar que en España el sindicalismo se lance, más aún que á una defensa, á una conquista?

Tercera tendencia: la ecléctica, la que pretende servirse de todos los procedimientos: parlamentarios y revolucionarios.

Aquí cabe perfectamente aquella máxima de Iriarte: querer servir para todo es ridícula presunción. La tortuga no puede ir enganchada á tronco con el águila. Por otra parte, el simple hecho de tomar asiento en el Congreso significa una colaboración legislativa con los poderes constituidos. Por esto jamás Ruiz Zorrilla aceptó el acta ó por mejor decir las actas conque en cada elección los republicanos le honraban. Dejaba hacer á otros, es muy cierto, pero no sin profunda pena.

He tenido el honor de colaborar, de humilde modo, en la obra revolucionaria de aquel gran patricio y he sido testigo de grandes contrariedades suyas, motivadas

por la tenacidad parlamentaria de los Muro, los Baselga y otros republicanos progresistas de igual temperamento político. El abrazo conque don Manuel Ruiz Zorrilla me armó caballero de la Revolución, lo debí á la viveza y energía con que rechazé un acta que él mismo me ofrecía, sin duda por someterme á prueba.

No digamos ni una palabra de los republicanos que toman asiento en el Senado. Explica Quevedo que casarse con una mujer fea es condenarse á susto de por vida. Condena semejante padecen los republicanos ayuntados con la personificación parlamentaria de lo tradicional y de la realza.

Por esto, porque de la labor parlamentaria no puede salir nada útil; porque, al contrario, de esta labor forzosamente sale un jugo de vitalidad para la monarquía, por eso resultan estériles las amadas campañas republicanas en el Congreso. El Congreso está sembrado de buenas intenciones: en esto y en otras muchas cosas se parece al Infierno.

\*\*

Resultado: que después de escaramuzar por las tres tendencias, muchos republicanos han optado por volverse á su casa. Algo peor han hecho otros, que es pasar al otro lado de la barricada, y acómodarse con los antiguos enemigos. En fin de cuenta estos tránsfugas tienen cierta razón. Si en conciencia creen que su actividad y sus talentos puestos al servicio de la Monarquía han de redundar en beneficio de la patria y por consiguiente del progreso humano (la parte por el todo) podrán estar equivocados, pero su intención queda á salvo.

En lo que no se puede colaborar por más tiempo es en lo desconcertado, descabezado y aun ridículo.

I. L. LAPUYA

París.

## La celda núm. 7

Precio: DOS pesetas  
José Nakens

## "Milagros comentados"

POR

José Nakens

PRECIO DOS PESETAS

A los suscriptores directos y á los corresponsales el 25 por 100 de rebaja.

## VERDADES AL PUEBLO

(Juan Lanas)

por José Nakens

Segunda edición.—318 páginas.

Precio: 2 pesetas.

## Poesías festivas

anticlericales

PRECIO: UNA PESETA

LA RELIGION  
AL ALCAÑON DE TODOS  
Una peseta.



# EL MOTIN



No os asustéis, niños, que no os hará daño el pulpo. Tiene el clavo bien clavado, y de ésta no escapa.  
Las escuelas populares triunfarán.

(La Campana de Gracia)

Ayuntamiento de Madrid



## Suscripción "Cruz Roja"

Pesetas.

Suma anterior. . . . 6595'45

Vicente Blasco (Sagunto).	2'00
José Prieto, 0'50.—Miguel Manjon, 0'50.—Constantino Salinas, 1'00. José María Lizárraga, 0'50.—Francisco Cortés, 0'50.—Esteban Sarasebar, 2'00.—José Urquijo, 0'50.—Eduardo Arteta, 1'00.—Eugenio Pérez, 1'00.—Apolonio Larequi, 0'50. José Ortiz, 0'50.—Luis y M. Urzasin, 1'00. Miguel Aircorbe, 0'50.—Fernando Albitur, 0'25.—José Ubeda, 0'50.—Balbino Pr m, 1'00.—Cándido Goicoechea, 0'50.—Francisco Beraza, 0'40.—Segundo Conde, 0'50.—Damián Labalo, 0'50.—Jaime Arteta, 1'00.—Luis Goicoechea, 2'00.—Filomeno Zalduendo, 0'25.—Dionisio San Román, 1'00. Martín Urta-sum, 2'00.—Martín Francisco Celaya, 0'50.—Paquito y Carmen, 0'25.—Manuel Gardeta, 0'50. (Todos de Alsasua)	21'15
Rafael Labarias (Cheste).	1'05
Celestino Marco (Molina de Aragón)	1'00

Suma y sigue. . . . 6620'65

## ¿Por qué será?...

Recuerdo que estando yo en Madrid, se me presentó un día una joven muy afligida, que llevaba una vida borrascosa, con el decidido propósito de variar de rumbo y llevar un proceder honesto y cristiano. Deseoso de secundar sus designios, la llevé á las Adoratrices de la calle de Leganitos. Salió la superiora, examinó cuidadosamente á la chica, y me dijo que no podía admitirla: «El reglamento de nuestra casa vea el ingreso á toda joven que adolezca de algún defecto físico».

—¿Pero qué defecto tiene esta joven?

—Cojea un poco del pie izquierdo.

—No me había fijado. Pero, vamos, aunque así sea, ¿qué tiene que ver un pie para ser una buena cristiana, una mujer de bien y una sincera arrepentida?...

La superiora se encogió de hombros:

—Si viviera la fundadora de nuestro instituto, le diría á usted que se dirigiera á ella y se lo preguntara;

pero como hace varios años que ha muerto, á mí sólo me toca cumplir el reglamento.

Y se levantó, dejándonos más anchos que largos.

La joven estaba consternada.

Nos dirigimos á las Oblatas del Santísimo Redentor, fundadas por aquella mística pareja del obispo de Daulia, ¡buen perillán! y la M. Viñeta, excriada de Palacio. Tampoco allí tuvimos acogida.

—Esta joven tiene el ojo izquierdo algo irritado, se ve que es dolencia crónica, y esto afea algo su rostro. No podemos admitirla.

—¿Pero es que tienen que servir de modelo? Porque entre ustedes hay muchas hermanas que no son ningún prodigio de belleza.

—El reglamento se refiere á las acogidas y no á nosotras. Que el Señor les acompañe.

Y nos dió con la puerta en los morros.

Me acordé de las Trinitarias del Paseo de Areneros, fundadas también por otra pareja enamorada de Cristo, las monjitas de Méndez (un canónigo) y de Marianita (una señora muy lista, que cantaba en la mano) y allí nos presentamos.

Nos recibió una monjita joven, andaluza, guapa, vivaracha, y que guiñaba un ojo con un aire de socarconería tal, que estaba pidiendo á gritos una mantilla blanca ó un mantón de Manila.

—¡Ay, pobrecita! No la podemos recibir en casa, ¿sabe? La Madre no quiere que las chicas tengan poco angel; no han de tener ningún defecto; han de ser bien parecidas, y si son bonitas, mejor.

—Pero, ¿es que á Dios no le gustan las feas?...

—¡Ay, qué gracioso! No, señor; pero dice la Madre que cuanto más bonita es una mujer, es más peligrosa en el mundo, y puede dar ocasión á más pecados; pero si son feillas, ya no dan tantas ocasiones de perdición. Por eso aquí sólo queremos chicas muy agraciadas: así hacemos mejor servicio á Dios.

—Entonces será esta casa una exposición de Venus.

—¡Ay, qué gracioso! No digo yo tanto, pero, vamos, se nos puede ver...

Y guiñó uno de sus hermosos ojos con tal coquetería, que si no hubiera estado la *arrepentida* delante, digo á la monjita:

—¿Le hace á usted un piso segundo amueblado en la calle Silva, y veinte duros mensuales para gastos de tocador? Y me dice que sí, ¡ya lo creo!

Salí de aquí sin saber qué hacer. La joven sollozaba.

—¡Parece increíble! Pues no andan con tanto escrúpulo en las *otras* casas; yo he estado en varias, y nunca

me han dicho las amas lo que estas... tías.

—Hermanas, querrá usted decir. Y dando media vuelta me dejó plantado..

He aquí una oveja que volvió á descarriarse por no haberla hecho Dios una Ninon ó una Gioconda.

Esta táctica conventual, cuyas miras se pierden de vista, es por lo visto general en todas las casas monjiles. En la *Nuova Riforma*, de Nipoles, refiere un ilustre escritora lo siguiente:

«Hace algunos años vino á pasar días en nuestra casa una joven, hermana de la doncella que teníamos á nuestro servicio, la cual para huir de la dura vida del campo, había decidido hacerse *monja*. La joven, después de haberse provisto de buenas cartas de recomendación de altos prelados, comenzó á visitar conventos. En todas partes era acogida fríamente, y su demanda era rechazada con diversos pretextos; después de muchas pesquisas, un día en cierto convento en el cual la superiora también la había rechazado, la joven, que iba acompañada de nuestra doncella, insistió en que se le dijera la causa porqué se la rechazaba con tan fútiles excusas, y la superiora le contestó: «Si se hubiera tratado de esta joven su hermana, que es una *bella ragazza*, alta, bien formada, robusta y de aspecto muy simpático, la hubiera recibido en este instante mismo; pero usted es bajita, delgada, de aspecto rústico y no muy bien formada, y la verdad, mujeres así, no convienen á mi convento.»

En vista de este rechazamiento general de las feas de la pura mansión claustral, se calificaría de indiscreto al que preguntara:

—¿Por qué será?...

Esperamos la respuesta.

FRAY GERUNDIO

## Hartos y hambrientos

Se come demasiado, y por efecto del exceso de alimentación, el hombre es obeso, torpe, su inteligencia se embota y adquiere muchas enfermedades, de las que estaría libre si fuera más parco en el yantar.

Tal escriben algunos hombres de ciencia, y dicen verdad. Pero otros, no menos sabios, se expresan así:

El hombre come poco; se nutre insuficientemente; no consume lo necesario para reponer el desgaste de su organismo en la cotidiana labor; y, á causa de esa nutrición incompleta, no alcanza un desarrollo físico é intelectual completo.

También éstos tienen razón. Es realidad lo que unos y otros manifiestan. No se contradicen. Todo se reduce á que, al tratar del asunto,



los primeros piensan en lo mucho que come la burguesía, y los segundos en lo poco que comen los trabajadores.

El resultado es que, según la opinión de los sabios, y yo creo que están en lo cierto, la especie humana va degenerando, y que tal degeneración tiene por causa la forma de alimentarse; ó sea, que una pequeña parte de la humanidad se halla embrutecida por abusar de los placeres gastronómicos y la inmensa mayoría no puede desarrollarse convenientemente por nutrirse de una manera insuficiente.

Tenemos, pues, que la especie humana se divide en dos clases, ó mejor, en dos castas: la de los hartos y la de los hambrientos; con la agravante de que contra toda lógica y razón, son los hartos los que no trabajan y los hambrientos los que todo lo producen; cuando lo natural sería que, en caso de existir hambrientos, fuesen éstos los que viven en ociosidad.

Pero la actual sociedad está constituida injustamente, inicua. No hay solidaridad, ni fraternidad, ni armonía, ni amor entre sus componentes. La libertad y la igualdad no existen; menos, la equidad y la justicia. La fuerza bruta tiene la hegemonía. El derecho es una palabra vana.

No es, por tanto, extraño que habiendo en la tierra de todo para todos, sean la mayoría desheredados; no es raro que los hombres se dividan en hombres-cerdos, que sólo para comer viven, y en hombres-máquinas, que trabajan sin descanso y no comen lo necesario para vivir.

Así sucederá mientras la organización social no sufra una transformación profunda, radical, completa; es decir, mientras la sociedad no se establezca sobre bases de justicia, de libertad y de igualdad.

¡Laboremos, pues, para que sea imposible la existencia de los hombres que sólo viven para comer! ¡Luchemos porque en el porvenir todos puedan satisfacer cumplidamente sus necesidades!

Porque la verdad, es irritante que haya seres que revienten de hartura; pero lo que indigna, lo que enciende la sangre, es que semejantes nuestros perezcan de hambre junto á los almacenes en que se pudren los comestibles por no encontrar comprador.

JOSÉ CHUECA

*Cultura y Acción.*

## UNA IDEA

A LOS LIBREPENSADORES

Soy de los que creen que para iniciar proyectos á las empresas, no hacen

falta ni autoridad ni prestigio; sobra con la voluntad.

Como que así lo estimo y la voluntad no me falta, voy á exponer á los librepensadores españoles una idea para ver si les decido á darse una organización; ó lo que es lo mismo, á afirmar su personalidad.

Constituímos indudablemente Legión los librepensadores, pero nuestro número no se cuenta como fuerza actuante en la vida social.

¡No se diría sino que no existimos, y que España es la católica España, la nación consagrada al Corazón de Jesús!

Dejamos que la beneficencia municipal y la provincial, las monopolice el clericalismo; toleramos casi sin protesta, que se nos impongan para la vida ritos de una religión de muerte; consentimos que el clericalismo deforme en las escuelas el cerebro de nuestros hijos y mancille su cuerpo; dejamos á la mujer sierva del sacerdote, haciendo así que perdure una guerra civil moral que trae desasosados los hogares cuando no los deshace á la mayor gloria de la Iglesia; permitimos que cualquier juez municipal en los pueblos rurales y aún en las ciudades populosas que en todas las demás órdenes miran de cara al Progreso, ponga obstáculos sin fin al enlace de los que, amándose, quieren sin la intervención de la Iglesia que odia el matrimonio, constituir un hogar; á los que quieren inscribir, sin mediación de la Iglesia, sus hijos en el registro de la vida, y á los que de ella desean despedirse sin los responsos de una liturgia ridícula.

No hemos secularizado la enseñanza; no hemos secularizado la beneficencia; no hemos secularizado ni la vida ni la muerte.

¡Todavía, con escarnio de una Constitución llena de irritantes eufemismos, no hemos logrado garantizar la libertad de conciencia!

Testigo el caso del coronel Labrador...

¡Y los librepensadores constituimos Legión? ¡Y España no es la católica España, la España consagrada al Corazón de Jesús?...

Habría que convenir en vista de los hechos, que los librepensadores no cumplimos con nuestro deber, es decir, que en los actos de la vida y de la muerte nos dejamos amparar por el manto secular de la Iglesia, por desidia, por cobardía ó por hipócrita complacencia con el medio ambiente.

Ahí está para confundirnos á todos el Censo de población mandado hacer creo que en 1878, por Cánovas del Castillo, en el que figuraba la casilla correspondiente á la Religión profesada por cada uno de los ciudadanos.

.....

Y no obstante todo esto, España no es la nación consagrada al Corazón de Jesús, los librepensadores constituimos Legión en España, sino que nos pasa en la materia lo que al burro del gitano del cuento, que leía, pero no pronunciaba...

Es decir que somos librepensadores, aunque no lo parezca porque no *practicamos*.

Por decoro personal y colectivo interés, es preciso que así no siga ocurriendo.

Para ello es preciso, indispensable, que si tratamos de casarnos no turben la paz de nuestro lecho nupcial los latines del cura, enemigos de la mujer y del matrimonio, sino que lo arrullen los besos en los que el amor pone todas las embriagueces del alma apasionada; que si un hijo viene á perpetuar nuestro nombre y nues

tra especie, no sea el cura quien lo señale con la marca de los borregos de Cristo, sino la sociedad quien lo anote en el registro de los ciudadanos; que si uno de nuestra familia muere, vaya su cuerpo al inmenso laboratorio en que la naturaleza forma con los restos de los extinguidos seres nuevos, sin los rezos de un cura que reza por la paga, y acompañado por el dolor y las lágrimas de sus deudos; que si una procesión pasa por nuestra calle la dejemos pasar sin mirarla desde el arroyo ni desde los balcones de nuestras casas, interín las procesiones quedan reducidas al recinto de los templos para edificación y solaz de los fieles; que si de dar enseñanza á nuestros hijos se trata, pues apartarles de aquellos centros en que la mentira religiosa es impuesta como artículo de fe, porque en materia de ciencia, la fe mata; que hemos de elegir Consejeros Municipales ó Diputados, pues no dar nuestro voto sino á los que se comprometan, *aceptando un mandato contractual*, á defender el laicismo de la enseñanza, la secularización de la vida y de la muerte...

Si, en España los librepensadores constituimos Legión y Legión numerosa, in contable.

Para pesar como una fuerza; para actuar como una potencia en la vida nacional como factor de progreso moral sólo nos falta reunirnos, agruparnos, organizarnos para practicar lo que predicamos y poner á raya á los que á ello quieren oponerse.

Barcelona en esto como en tantas cosas la primera, la hermosa ciudad ejemplo, acaba de dar la norma, constituyendo en cada distrito municipal su organismo librepensador, organizando luego su Federación y publicando un periódico *El Gladiador*, su órgano benemérito.

A Barcelona y su provincia seguirá dentro de poco Cataluña toda, que organizará á la Legión librepensadora para la *defensiva* dándole personalidad, prestigio moral, fuerza efectiva.

¿Porqué no hacen los librepensadores de otras regiones españolas otro tanto? ¿Porqué no se organizan en grupos, en comités, en asociaciones, por localidades y luego por provincias ó regiones, hasta constituir la Federación Nacional del Librepensamiento?

Bélgica así lo hizo y ha conseguido poner á raya la intolerancia católica.

Aquí corre gran peligro la libertad, y yo confío en que los librepensadores recogerán con cariño mi idea, aceptarán mi indicación y la pondrán en práctica cuanto antes.

*Ser ó no ser*; en estos términos está planteado nuestro dilema.

CRISTÓBAL LITRÁN

Montpellier, Abril, 14.

LA LUCHA CONTRA LA IGLESIA

## DELENDA

El primer artículo del credo de guerra de la Revolución, el primero de los mandamientos escritos por el cuerno de fuego del Moisés ginebrino en las tablas de piedra de la conciencia humana fué este: hay que destruir á la Iglesia.

*Delenda Roma*. Este es el grito de los tiempos nuevos. Esta es la voz



que oyen los hombres cuando consultan á su destino en el silencio hurraño de la noche. Esta es la orden que la Musa de la Historia, irguiéndose entre las tumbas de las humanidades muertas, nos da cada día. Este es el aviso que los ángeles guardianes de la civilización nos han grabado en la frente con su ceto.

Hay que destruir á la Iglesia. Los hombres del siglo actual tienen la cabeza llena de las obsesiones de Catón. Sobre las aras recién regadas con la sangre de los toros del sacrificio, hacemos pronunciar á nuestros hijos contra la Roma papal el juramento que Amílcar exigió á Anibal contra la Roma antigua. *Delenda, delenda.*

Nos separan de la que llamaba Lutero «la prostituta de Babilonia» enemistades tan irreconciliables como las que separaban en otro tiempo á Atenas y á Esparta, á Venecia y á Pisa, á Tiro y á Sidón, y como las que separaron en la antigüedad á la misma Roma de Alba y de Veves primero, y de Cartago después.

Ayer era Edgard Quinet quien convocaba «á todo lo que vive y respira» y quien invitaba al mundo entero á luchar contra el catolicismo; y era Marnix quien decía que «había que ahogar en el fango al papado»; y era Michelet quien en el Colegio de Francia excitaba á la juventud «al bello combate» y le daba como lábaro la descristianización de las razas latinas y la expulsión de la Iglesia del seno de la familia, de la escuela y del Estado; y era Laveleye quien invocaba la violencia contra las intrusiones del sacerdocio y del monacato; y era Lafargue quien declaraba la guerra á Dios en el Congreso de Lieja y quien decía que había que desgarrar la bóveda celeste como un techo de papel; y era Garibaldi quien aconsejaba que se arrancara con las manos el empedrado de las calles para combatir contra la cogulla; y era Barodet quien proponía á los republicanos franceses la formación de un batallón cuadrado contra la Internacional negra; y era Challemel-Lacour quien exhortaba á Europa á romper la tela de la «gran araña». Y eran Gambetta y Brisson y Naquet y cien más.

Hoy somos nosotros quienes pedimos á voz en cuello la libertad de conciencia y de cultos, la supresión del presupuesto eclesiástico, la separación del Estado y de la Iglesia y el embargo por aquel de los bienes de ésta, la expulsión de las naciones de todos los frailes y monjas, la abolición de la enseñanza religiosa en las escuelas, la supresión de las embajadas cerca de la Santa Sede, el servicio militar obligatorio para los seminaristas y los curas y para los miembros de todas las or-

denes monásticas, el matrimonio, el cementerio y el registro civiles etcétera, etc.

Hoy somos nosotros los perseguidos de la Iglesia, los rivales de Cristo, los enemigos del Pontificado, los bárbaros que estamos siempre á punto de entrar á saco en las Romas cesáreas. Hoy somos nosotros los que como Acab nos reímos de los sacerdotes de Jerusalén y de los profetas de Jehová, los que como Antíoco odiamos al Dios de los galileos y de los judíos, los que como Juliano queremos restaurar el ideal clásico y reponer á las deidades de Grecia en sus altares, los que como Nerón y como Galerio estamos siempre dispuestos á arrojar los cristianos á los leones.

Hoy somos nosotros los Arrios y los Nestorios, los Eutiquios y los Manes, los Focios y los Calvinos. Hoy somos nosotros los ángeles que se rebelan contra Dios. Hoy somos nosotros los Adanes desobedientes, los Caínes que no gastan su patrimonio en vanos simulacros y en ofrendas absurdas, los Iscariotes que no creen en Jesús. Hoy somos nosotros los promovedores de las herejías y de los cismas, los que rechazamos los misterios y los dogmas, los que nos mofamos de los sacramentos, y escarnecemos y hacemos muecas á los Santos.

Hoy somos nosotros los que le gritamos á la sociedad que tiene una víbora escondida en el pecho y que si no se la quita acabará esta por matarla. Hoy somos nosotros los que tratamos de cerrar para siempre las puertas de las parroquias, los que queremos sacar el crucifijo de las aulas públicas, los que luchamos por laicizar el Estado, los que deseamos que al casarse los hombres rehúsen las bendiciones del cura y al nacer y al morir los reciban en el mundo y los acompañen á la tierra solamente los brazos de los amigos.

Hoy somos, en fin, nosotros los que clamamos incesantemente: hay que destruir á la Iglesia. Hoy somos nosotros los que decimos siempre: *Delenda, delenda.*

ANGEL SAMBLANCAT

## Por puro patricismo

Conforme ofrecí en el número anterior, he repasado á la ligera algunas páginas de los libros de milagros que cité, y no he tropezado con ninguno en que el sudor intervenga. Hasta que lo encuentre, iré publicando otros que demuestren mi aserto, de que en punto á milagros nada tenemos que envidiar á nación alguna.

Y no voy á comenzar con los realizados por las Vírgenes de gran renombre, sino por aquellas que ape-

nas son conocidas fuera de la localidad donde la imagen se halla.

Allá van unos cuantos de Nuestra Señora de Alconada, que se venera en un templo sito en los términos y campo de la Villa de Ampudia.

Pero antes diré algo acerca de esta milagrosa imagen.

Por tradición de padres á hijos se dice que es una de las que hizo Nicodemus y vinieron á España conducidas por los primeros santos varones apostólicos que nos trajeron la luz del Evangelio; que antes de la venida de los agarenos, se adoraba en un pueblo de Andalucía, cuyo nombre no se recuerda; que después de la batalla de Guadalete, la llevaron dos nobles andaluces al interior de Castilla y la enterraron en un pequeño lugar, que se llamaba Alconada, distante dos leguas de Carrión de los Condes; que en 1113 comenzaron los que transitaban por el término donde estaba enterrada, á ver luces y percibir ecos de músicas suaves; que un labrador trató de acercarse al sitio, y oyó una voz que le dijo: *No pases adelante*; que quedó admirado, temeroso y suspenso, y vió á la Virgen salir entre resplandores del seno de la tierra y colocarse por sí propia sobre una peña cercana; que corrió al pueblo y dió cuenta de lo que había visto á la justicia y al cura de la Alconada; que fueron allí con los vecinos, la vieron, se prosternaron, la adoraron, y la condujeron luego á una de las dos iglesias de la villa; que allí estuvo hasta que en 1219, y por haber profanado la iglesia el señor de aquellos dominios, se elevó por sí misma, se salió por una vidriera y se fué á la jurisdicción de Ampudia, donde se le apareció á un pastor llamado Marcos, ordenándole que fuese á avisar su llegada á eclesiásticos y seglares; que fué el pastor, dió la noticia y no lo creyeron; que volvió al lugar donde se hallaba la imagen y le dijo lo que ocurría; que el pastor era tuerto, y para que lo creyesen, la Virgen le hizo recobrar el ojo perdido; que al volver á Ampudia, nadie dudó ya, y fueron por ella, colocándola en la iglesia; que comenzó á hacer milagros; que el señor de la Alconada, aquel que fué causa de que se marchase por la vidriera, puso después pleito á Ampudia para recuperar la imagen; que el tribunal eclesiástico de Palencia sentenció en favor suyo; que prepararon un carro de bueyes muy bien adornado para conducir la Virgen á la Alconada; que la colocaron en él y al primer paso que quisieron dar reventaron los animales; y que entonces, dejando el carro en que la habían puesto, la misma imagen se restituyó á su trono.

Esto, extractado á la ligera, es lo que se lee en las páginas 1.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup>, 3.<sup>a</sup>,



4.<sup>a</sup>, 5.<sup>a</sup> y 6.<sup>a</sup> del «Compendio Histórico, obra consagrada á María Santísima, especial abogada y patrona de los españoles» por el Reverendísimo Padre Juan de Villafañe, de la Compañía de Jesús, maestro de Teología, impresa en Madrid el año 1711.

Y dicho esto, para que mis lectores, sepan la historia de la Virgen de que se trata, voy á volcar sobre ese argentino unos cuantos milagros de los que realizó, sin quitarles ni ponerles punto ni coma, y hasta con su misma ortografía, para convencerle de que en punto á milagros, como á gobiernos desastrosos, como á afición torera, como á buenos garbanzos, como á clericales nauseabundos, no ha habido, ni hay ni habrá pueblo que gane á España.

#### UN MILAGRO

Cierto hombre, que tenía poco, ó ningún aprecio de los lugares Sagrados, echó ubas en una pila que había dentro de la Hermita de Nuestra Señora, y entró á pisarlas á tiempo que nadie le viese, pero sucedió, que de repente creció tanto en estatura, que á modo de gigante, daba con la cabeza en lo más alto de la Iglesia: viendo esto, conoció su poca reverencia á la Santa Imagen de Nuestra Señora, á quien pidió perdón, y se encomendó á su Magestad, y al punto volvió á quedarse en la estatura que tenía.

#### OTRO

Una muger de tierra de Zamora estaba endemoniada, y como no pudiese librarse de tan apostados, como crueles enemigos, se resolvió á venir al Santuario de Nuestra Señora de Alconada, y estando ya en su iglesia, el demonio, irritado de su resolución, entró por ella en figura de un galgo, y tirándose á ella, la mordió en una mano. Invocó la muger el patrocinio de Nuestra Señora, y no solo huyó, y se desapareció aquel demonio, sino que también la dexaron libre los que la poseían, por cuyo beneficio dió muchas gracias á la Virgen, y volvió á su casa buena, y sana.

#### OTRO

Otro hombre, también Portugués de nación, se vió mucho tiempo fatigado, y molestado de siete demonios, que le trataban muy mal; y oyendo los prodigios que hacía esta Santa Imagen, vino á su Templo á tener una Novena, porque Dios le librase de tan crueles enemigos; por intercesión de su Santísima Madre, y con tan feliz suceso, que antes de acabar la Novena, se sintió perfectamente libre del daño que le causaban los demonios, y pudo volverse sin temor de su tyranía: y consta, que en el mismo día en que este hombre se libró de su trabajo, fué tan beneficiada esta Madre de misericordia, que dió vista á cinco ciegos, y sanaron por su intercesión muchos hombres, y mugeres de diversas enfermedades.

#### OTRO

Notable, y singular es el caso que se sigue. Diversos hombres, y mugeres de tierra de Carrion venían en romería á esta Santa Casa, y traían consigo una muger tullida, para suplicar á Nuestra Señora la sanase, si fuese á gloria suya, y de su Hijo. Sobrevinoles la noche con tal tempestad

de truenos, agua, y obscuridad, que no sabían por donde iban. En tal conflicto, todos á una voz invocaron á Nuestra Señora de Alconada, y su Magestad los favoreció de muchas maneras; porque lo primero, para desatir de la obscuridad de la noche, se les puso delante una como llama del Cielo, que los alumbraba con maravilloso resplandor, la qual fué como Precursora de la venida de la Reyna de todo lo criado, pues se les apareció su Magestad cercada, y servida de muchos Angeles, cuya vista les duró hasta la entrada de la misma Iglesia, donde desapareció la visión, sucediéndole á ella el repique de campanas del Templo de la Virgen, que se tocaron por sí mismas, quedando en aquel punto sana, y fuerte la muger tullida, en cuyo suceso hubo un agregado de milagros, y prodigios referidos con verdad, y sin ponderaciones, de que no necesitaba la verdad misma para ser creída.

#### OTRO

El día 15, de Agosto, consagrado á la Asunción de la Sacratísima Virgen, acos- tumbraba el Regimiento de la Villa de Ampudia dár, en reverencia de María Santísima, en su Santuario de Alconada, de comer á los pobres carne, pan, y vino. Sucedió, que un año se acabó el vino, que traían en un tonel, sin haver alguno para los Oficiales, y sirvientes, que aun no habían comido: sintióle la falta, y volviendo á registrar el tonel que habían visto vacío, le hallaron lleno, tanto, que rebosaba por la boca; y lo más prodigioso fué, que quantos enfermos probaron el vino milagroso, todos quedaron buenos, y sanos.

#### OTRO

Hallabase una muger con un parto tan recio, que desesperaba del todo su vida, le habían puesto la candela en la mano para morir: invocó en tal aprieto á Nuestra Señora de Alconada, y ofreció un Caliz de plata, para que sirviese en su Iglesia, si se servía de atenderla, y sacarla de tan apretado lance; y lo mismo fué invocar á la Virgen, y hacerla la promesa, que arrojar con felicidad la criatura, y quedar sin peligro alguno de su parto.

#### OTRO

Cierto hombre, andando por la Iglesia de Nuestra Señora, sin advertir, se llegó al pozo, que en ella hai, y cayó desgraciadamente en él: al caer invocó el auxilio de la Santa Imagen, la qual no permitió, que en su Templo, y á su vista sucediese la desgracia de ahogarse aquel pobre hombre; y así dispuso, que el agua del pozo creciese tanto, que trayendo consigo al hombre, le pudiese arrojar en el pavimento de la Iglesia, sin recibir algun daño.

#### OTRO

En la misma Villa de Galenzuela, de que hice ya memoria, sucedió un hurto de cosas, como juzgo, consagradas á Dios, por el qual fueron presos ciertos vecinos de la Villa, contra los quales fueron tales las probanzas, que los condenaron á ser ahorcados. Los pobres hombres estaban en la realidad inocentes, y estando ya en la horca, quando el Verdugo los arrojaba de la escalera, ellos invocaron el patrocinio de Nuestra Señora de Alconada; y fué cosa prodigiosa que su Magestad los mantuvo suspensos en el ayre, para que no se ahogasen, de que pasados todos los presentes, avisaron al Juez de lo que pasaba; y él, visto el milagro, les dió por libres,

y se declaró despues su inocencia, y los hombres, agradecidos á su Libertadora, vinieron á su Santuario á rendirla las debidas gracias.

(Continuará)

## La primera de las cuestiones

[Párrafos] del discurso [pronunciado el domingo 19 del actual en Palma de Mallorca por el doctor Martínez Vargas en la apertura del primer Congreso español de Pediatría:

«La nación española pierde cada año 200.000 niños menores de 0 á 5 años, lo cual representa en la vida económica, en pesetas 142.800.000, un río de millones, y en el orden de los afectos un diluvio de dolores y de desconsuelos que inunda los hogares con una tristeza incorregible. Yo no termino aquí la suma del caudal perdido; ¡quién es capaz de calcular los destellos del genio, en las artes ó en las ciencias, que se pierden en la sima de la muerte entre tanta masacerebral perdida! ¡quién sabe si entre tanta criatura ha caído en el seno de la tierra el hombre tan suspirado por España para realisar su regeneración?

Nació un día en Inglaterra un niño de tan mezquino desarrollo, con debilidad tan profunda, que se desconfió de salvarle; aquel niño, tan menguado al nacer, resultó ser Newton, que vivió 80 años y dictó al mundo las leyes del universo.

En París se encontraba en la puerta de una iglesia un niño moribundo; al tiempo de trasladarlo al hospital, una señora sin hijos le reclamó para sí, y al cabo del tiempo resultó un D'Alambert, que dotó á Francia con muchos descubrimientos físicos.

Cuanto más numerosos, más robustos, más instruídos y morales son los individuos de una nación, más rica, más potente y más honrada resulta ésta. La hegemonía mundial, como la social, tan sólo la ejerce hoy por el valor máximo de los ciudadanos en común y aisladamente. La primera base, que es el número de individuos, el «índice de vitalidad normal», se calcula en la existencia de 160 habitantes por kilómetro cuadrado. Bélgica es la nación más favorecida, pues ha llegado á tener 231 habitantes por kilómetro cuadrado. Pero en cambio nosotros estamos muy por bajo; nuestra densidad de población es de 36 por término medio, y algunas provincias llegan á 23, resultando de ello un enrarecimiento de población tal, que ya se nota en ciertas regiones la escasez de brazos para toda clase de empresas industriales y agrícolas.

La mortalidad infantil, que es el azote universal de todos los pueblos, es una gran parte evitable y se remedia con llevar á la práctica los conocimientos actuales de criar á los niños, de protegerlos, de ayudar á los hijos de los pobres con recursos que satisfagan su hambre ó con ropas que cubran sus carnes y de dirigir á los hijos de los niños en su alimentación y en su régimen de vida. Del convencimiento de un éxito posible, los médicos de todo el mundo, pero singularmente los de Francia, han hecho grandes esfuerzos por constituir esa cruzada que en el nombre de *Puericultura* han agrupado en sus filas todas las clases sociales, para que, con el concurso de la ciencia, del dinero



y del amor, se desarrolle esa falange que arrebató niños á la muerte y los rescata para alegría del hogar y para robustez de la patria.

Desde tiempo inmemorial los ganaderos, los agricultores, los piscicultores, los floricultores han verido desarrollando una serie de esfuerzos extraordinarios por mejorar los productos de su industria; la cría caballar, el ganado de cerda, el ganado vacuno y de preferencia entre nosotros el toro de lidia, el perro de caza, de campo y el faldero, el ganado lanar, los peces, las hortensias, toda clase de plantas alimenticias, de adorno, han sido objeto de grandes cuidados, de un esmero escrupuloso así en la selección de las semillas como en el momento del cruzamiento; más todavía: se han realizado con gran solemnidad concursos diversos, y, sin embargo, de la especie niño no parecía acordarse nadie... más que los padres desolados cuando perdían un hijo.

En aquellas regiones donde la lactancia maternal impera, la mortalidad de los niños es casi insignificante: en Cerdeña, por ejemplo, país pobrísimo, las madres crían á los hijos y la mortalidad es muy escasa. De estas cifras se desprende que donde hay un perfecto conocimiento de la puericultura la mortalidad se reduce al mínimo; sigue después de esto la riqueza, en lo cual, además de los grandes recursos para asegurar el bienestar del niño, alcanzan también los consejos del científico; después sigue la vida en el campo, porque en igualdad de condiciones, los hijos de los trabajadores, por vivir en plena Naturaleza escapan más fácilmente á la muerte que en las ciudades, y por último las clases pobres, entre las cuales la ignorancia, la miseria, la suciedad, las moscas, el hacinamiento y las malas condiciones de la habitación, luz, alimentos impropios por su calidad, constituyen el medio asesino, laguna estancada, la cual se agita y azobra la vida de los niños.

Hasta que no nos preocupe más esta cuestión que la de si han de gobernar los liberales ó los conservadores, siendo todos iguales, España no será un país civilizado.

## PRIMERA ASAMBLEA

de protección á la infancia y represión de la mendicidad

Todavía resuenan los graves acentos de los discursos de los assembleístas que con tanto calor han debatido en los transcendentales problemas puestos á discusión en la Asamblea celebrada del 13 al 18 del actual.

Los resultados de estos debates seguramente darán fruto después que hayan pasado varios lustros, ó antes si nos decidimos á dar la batalla decisiva á las ideas y á las costumbres estáticas que son el valladar que se opone al progreso y al bien. Todo lo demás son convencionalismos, causa primordial de las desdichas del proletariado.

He aquí una prueba de ello. En la sesión del día 15, al aprobar las conclusiones de la sesión 2.<sup>a</sup>, que trata de «Organización de la Inspección protectora en los centros de educa-

ción y enseñanza de los niños abandonados», fué aprobada una, la conclusión que dice:

«8.<sup>a</sup> Las escuelas talleres, serán exclusivamente tales, sin carácter alguno de lucro por parte de los establecimientos, y se limitarán á los oficios ó industrias llamados fundamentales, tales como carpintería, ebanistería, cerrajería etc.

Los alumnos curarán las enseñanzas completas del respectivo oficio, teniendo especial cuidado en evitar la división del trabajo, que hace oficiales incompetentes.»

Como se ve, la previsión de los assembleístas sólo alcanza á los muchachos, puesto que el día 16 tuvieron ocasión de convencerse de que toda previsión es poca.

Ese día, previa invitación del señor Díaz Agero, los assembleístas visitaron la Inclusa y Casa de Maternidad; fueron recibidos por la Junta de Damas de Honor y Mérito, Presidente de la Diputación y Diputado visitador.

Las dependencias de ambos establecimientos no dejaban nada que desear y fueron justamente elogiadas. Pero en la Inclusa existe el Colegio de la Paz, y aquí fué la nota más culminante de la visita, y los elogios alcanzaron la más elevada expresión; quizá la Diputación Provincial en este caso concreto tiene limitada acción, pues no hace mucho tiempo, al hacer el diputado Sr. Soria ciertas acusaciones y combatir varios abusos, quedó demostrado que la Diputación, por efecto de cierta organización, no tiene en dicho centro de Beneficencia la misma acción que en los otros establecimientos, puesto que la Junta de Damas es la soberana. Precisamente en ese Colegio de la Paz, tan elogiado por los sesudos assembleístas, al visitar la clase de labores, único taller-escuela de las desdichadas niñas abandonadas y recogidas por la caridad, se enteraron de que en ese taller entran al salir de la escuela, cuando han terminado su instrucción primaria á los doce años, y permanecen en él hasta los veintinueve ó más, si antes la anemia no marchitó sus energías ó apagó su vista.

Ante las magníficas labores expuestas, quedaron admirados los assembleístas; alrededor de las mesas se encontraban las desventuradas incluseras, física y moralmente desgraciadas; más que seres humanos eran máquinas de bordar. Allí se podía admirar en casullas y otros ornamentos de iglesia verdaderos prodigios de arte; en equipos para novias aristocráticas, todo cuanto la fantasía puede imaginar; parecía que en aquellos trabajos no habían puesto las manos criaturas desmedradas; por eso, médicos, abogados, sacerdotes, é higienistas quedaron absortos ante aquellos prodigios de habilidad. Sólo una mujer, maestra de

instrucción primaria, con gran espíritu de investigación, quizá porque sabe lo que cuesta á las niñas el aprendizaje de esas filigranas, llamó mi atención, é hizo con sus preguntas una investigación digna de un sociólogo. — ¿Cuánto tiempo habéis tardado en bordar esto? — Seis meses, tres meses, dos meses. — ¿Entre cuántas? — Nosotras dos, contaban las asiladas. El espíritu de investigación de esta maestra fué más lejos. — ¿Cuántas horas bordáis? La contestación fué unánime: «trabajamos de ocho á doce y de dos á siete». — ¿Teneis alguna clase de instrucción, clase de adultas para continuar lo que aprendisteis en la escuela? — No, señora.

Este pequeño interrogatorio vale por muchas asambleas y por muchos discursos. La señora assembleísta, cuando se dió cuenta de que las infortunadas hijas de la Caridad trabajan NUEVE HORAS DIARIAS, sin que nadie se cuide de su cultura y de su salud, me dijo: «Estas son máquinas de bordar». — *Esto es una explotación indigna*, fué mi contestación.

Las obreras de la calle no son tan indignamente explotadas; la libertad, aunque restringida, las dignifica como personas, y desde su casa al taller se airean é higienizan, lo cual asegura su salud.

La vida del asilo es peor que la del cuartel; la tiranía de la campana es terrible; las asiladas no tienen voluntad; trabajan, descansan, se mueven y hacen su tocado á capricho de la férrea voluntad de las MADRES y de la Superiora.

No te extrañe, lector, si alguna vez te encuentras por los paseos esas filas de muchachas incluseras antiestéticamente uniformadas por fuera, verlas pálidas y tristes. Ni su rostro ni su espíritu se alegraron jamás; todas anémicas, pretuberculosas unas, ya tuberculosas otras... Mas no te preocupes: por ellas vela una Junta de Damas de HONOR y MÉRITO.

...

La Asamblea que acaba de celebrarse tiene el mérito de poner sobre el tapete el problema de la protección á la infancia. Hubiera dado gallardas muestras de la energía con que piensa llevar á cabo sus propósitos, pidiendo que cesara la explotación inhumana de que son víctimas las niñas asiladas en el Colegio de la Paz.

UN ASAMBLEISTA

## CIENCIA Y RELIGION

Por Malve t

85 grabados. — Precio: 1 peseta.



## La cruz de Cristo Sobre el pueblo español

Del número y clases de clérigos  
seculares

TEXTO DE D. MIGUEL MORAYTA

NOTAS DE PEY ORDEIX

(Continuación)

*Particularidades.*—Ofécete la curiosidad de tener los hermanos de la Caridad 5 conventos para 17 frailes; los Jerónimos uno para 8; los de San Antonio Abad uno para 5; los de San Rafael y los de Vocaciones eclesiásticas, uno cada Orden para 3; las Mínimas, 5 para 19; la de la Natividad de Nuestro Señor uno para 5; las siervas del Amor de Dios 3 para 25 y así otros.

Cuando las Cortes de Cádiz, y luego durante la revolución del 20 al 23 y posteriormente desde 1835, se hicieron diferentes leyes para suprimir todo convento donde hubiera menos de 24 religiosos; ahora los hay de 3 y á dar crédito á la estadística de Morote, llegaban á 266 los de frailes y á 1.024 los de monjas, con menos de 12 individuos; la cosa es tan ridícula, que permite sospechar se dan estas cifras para ocultar la verdad.

En los siglos en que la mujer luchaba para subsistir con mayores dificultades que hoy, las religiosas excedían en mucho al de religiosos; 55.435 frailes y 27.655 monjas existían en España en 1768, 61.327 y 31.400 respectivamente en 1803 y en 1835; estas sumaban 23.552 y aquélos 37.363; no puede darse prueba más concluyente del empéño actual de la Iglesia en hacer se suya la mujer. En pasados tiempos, bastaba con permitirles la entrada libre en los lugares adonde no llegaba la clausura ó en visitarlas por las tardes en sus domicilios; hoy se hace preciso censurarlas y dominarlas en el confesonario y de aquí la facilidad con que la mutua confianza despierta la afición á una *vida perfecta*, cual si hubiera para la mujer misión más alta y gloria más para, que hacerse fuerte contra los combates del mundo y criar y educar muchos hijos. Sin embargo, los conventos de monjas como los de frailes se pueblan, por regla general, con infelices incapaces de sentir más alto ideal que el de asegurarse un modesto pasar.

Los 540 conventos de hombres y los 2.775 de mujeres no escandaliza tanto como la existencia de 36 Ordenes de varones y 80 de mujeres. El Concordato de 1851 determina en su art. 29, que sólo podrán establecerse en España las casas y congregaciones religiosas de San Vicente de Paúl, de San Felipe Neri y otra Orden de las aprobadas por la Santa Sede que se designaría de común acuerdo por ambas partes contratantes, y que se mejorarían los colegios de misiones para Ultramar; las intrigas de monjes, frailes y jesuitas han hecho imposible fijar aún esta tercera Orden. Si los misioneros y los paules y filipenses se hubieran multiplicado hasta lo infinito, el Concordato parecería observado; mas sobre haberse reducido los filipenses y los paules á su mínima expresión y disminuído los misioneros por haber dejado de ser espías en las provincias donde sus trabajos tenían razón de ser, hoy España se halla literalmente cubierta de conventos á cual más ilegales; la misma Iglesia debió oponerle á estas intrusiones

si pretendía hacerse fuerte para exigir la vigencia del Concordato: violado, infringido, burlado se halla por la Santa Sede, que atenta á su interés y lo defendió, y por los Gobiernos, que no se parapetaron en lo en él convenido.

No menos escandalosa aparece la cifra de 18.389 religiosos de ambos sexos dedicados á la vida contemplativa. Pese á el art. 30 del mismo Concordato que se conservarían las casas de religiosas; que «la vida contemplativa reúnan la educación y enseñanza de niñas ó otras obras de caridad, y hacen vida contemplativa, sin dedicarse, ni á la enseñanza, ni á la beneficencia, ni á otras obras de caridad, 18.187 mujeres, y en caso admiral 202 hombres, de quienes el Concordato no pudo acordarse, por no sospechar sus contratantes, que el dinero del país hubiera de consagrarse á sustentar egestas inhumanas, entregados á la tarea de vivir sin trabajar creyendo así salvar su alma.

De los religiosos y religiosas dedados á la enseñanza hablaré más adelante.

Afirmaba Morote que el número de comunidades no inscritas en los registros de los Gobiernos civiles alcanzaba en 1904 el número de 470, perteneciendo 382 á religiosos y 88 á religiosas. Desconozco á cuántos ascenderán hoy los que se hallen en este caso; probablemente serán pocos, mas si no lo estuviera alguna su disolución inmediata se impone por causa de decencia pública, y expondré la razón:

Antes de 1868, cuando moderados y progresistas se las tenían tiesas con las comunidades, llegaron, por la protección de Sor Patrocinio y del P. Claret, á establecerse clandestinamente, según lo afirmó el Vaticano, sin más autorización que hacer los Gobiernos la vista gorda, hasta 10.000 religiosos entre monjas y frailes; la revolución de Septiembre respetó sólo algunos conventos de mujeres; instaurado Alfonso XII Cánovas, defensor de la Restauración, declaró que las Ordenes religiosas no podían restablecerse ni otras no las amparara una ley especial; esta ley no se hizo y la cuestión continuó en tal estado; si bien se instaló secretamente, como en el reinado de Isabel II, tal cual asociación. Mas la piedad de la Regencia las abrió tan de par en par las puertas, que triunfante penetraron cuantas quisieron, sin más requisito que una Real orden rara vez publicada en la *Gaceta*, dándose entonces por primera vez el caso desde 1837, de salir á la calle frailes y monjes con sus hábitos, cosa prohibida por las leyes de Mendizábal.

Barridas cuantas disposiciones á la sazón regían, tal situación creó el número de comunidades establecidas, que los liberales por miedo á sus amparadores ó por gallardo amor á los principios, las colocaron al amparo de la ley de Asociaciones de 30 de Junio de 1887, consignando en su art. 2º que se exceptuaban de sus preceptos «las asociaciones de la religión católica autorizadas por el Concordato, debiendo regirse por aquéllos las restantes»; más claro, las dos Ordenes concordadas y la tercera, cuando se fijara, se declaraban *ipso facto* legales, y las no concordadas, clandestinas todas, para gozar de la consideración de legales, necesitaban, como las asociaciones civiles, presentar sus Estatutos al Gobierno civil respectivo, exponiendo su denominación y carácter, su domicilio, forma de administración y nota de los recursos con que habían de atender á sus gastos; inscribirse mediante estos

documentos en el registro de Asociaciones, llevar y exhibir á la autoridad, cuando ésta lo exigiere, los nombres y apellidos de los asociados y el de los que ejercieran en ella cargo de administración y gobierno y los correspondientes libros de ingresos y gastos, de cuyo balance anual darían cuenta al Gobierno; tener abierto á éste el domicilio de la asociación, y por último, obligarse á solicitar su registro dentro del plazo de 40 días, á partir de la publicación de la ley.

Debieron frailes y monjas bendecir á quienes les perdonaban el delito de su clandestinidad y les proponían medio de legalizarse sin imponerles ninguna condición vejatoria; pero, cómo reconocer la supremacía de la Soberanía civil que el caso representaba? Al Estado eclesiástico le conviene olvidar que la Corona ejerció siempre el derecho de autorizar ó no el establecimiento de una Orden religiosa, y la ley de Asociaciones hacía uso de esta facultad.

De acuerdo, por mediación del Nuncio, con el Vaticano, todas las comunidades resolvieron no darse por enteradas y siguieron en la condición de clandestinas y toleradas.

Los anticlericales gritaron, sucesos antes indicados y la protesta liberal, pusieron en el Gobierno á Sagasta, quien se resolvió para hacer que hacía algo, á que su ministro de la Gobernación, D. Alonso González, dictara el Decreto de 19 de Septiembre de 1901, por el cual, llevando la benignidad y el comedimiento al límite, se concedió un plazo de seis meses para que las asociaciones ya creadas y comprendidas en la ley de 1887, que no lo hubiesen hecho, pusieran inscribirse en el registro correspondiente; se trataba, pues, de un nuevo indulto á una doble rebelión, pues las comunidades no inscritas vivían fuera de las leyes.

Publicóse este Decreto pocos días después de haber salido de Madrid el Nuncio; consideróse éste de irado por no haberse seguido el punible hábito de consultarle para todo; el Papa hizo suya la arrogancia de su representante y seguro del éxito, por las buenas alabanzas que le apoyaban en la corte, amenazó con un rompimiento y hubo quienes creyeron oír el *Himno de Riego*, marcha del Nuncio, según se le llamó, por haber sucedido muchas veces, que la subida al poder de los progresistas se saludaba con el *Himno de Riego*, siguiendo á este el rompimiento de relaciones con el Papa. Sagasta acudió al marqués de Pidal, éste paró el golpe, y al fin León XIII pronunció el *quos ego* y las aguas encrespadas se apaciguaron.

Sagasta tenía á la sazón, la extraña complacencia de respetar en la Embajada, cerca de la Santa Sede, al hermano del marqués, D. Aljando Pidal, el más vaticanista de todos los españoles; y claro es, por su mediación y por las compensaciones que se la ofrecieron, la Santa Sede depuso su enojo; hióse una crisis y el Papa ordenó á las comunidades que solitaran su inscripción, á cuyo fin se les otorgó un nuevo plazo.

Contra el texto del Concordato y de las disposiciones civiles, las asociaciones religiosas se establecieron, pues, en España; confirmaron su ilegalidad no sometiendo á la ley de Asociaciones, mas el haber pasado por el Real Decreto de 1901 las permite decir que la ley las ampara, y esto

(Continuará)



## LOS TIEMPOS DE MARI-CASTAÑA

POR

ROBERTO ROBERT

## PRÓLOGO

derramamiento de sangre de cristianos... Pero eran dos siervos.

El señor abad se vuelve al castillo, porque tiene que asistir á un certámen teológico; sus hombres le siguen presurosos con vivas ansias de hacer confesión de sus pecados.

En un castillo no lejano vive un fuerte varón, noble pariente de la fundadora de la casa profanada, y baja á castigar la insolencia del que ha ofendido á Dios y á su raza.

Llévase también á sus hombres, y devastándolo todo al paso, anuncia la próxima guerra en la comarca.

Armanse todos...

Alto.

\*\*

¡Qué tiempos aquellos!

El señor ahorcando y rezando...

Pero no nos fijemos en los pormenores.

El siervo comprado y vendido para ser lanzado contra el siervo...

Pero no: apartemos la vista de pequeños.

La sierva no pudiendo aspirar á ser madre casta sin que el señor feudal...

Más no conviene descender á esos leves accidentes que desprestigian aquellos tiempos.

Considerémosles en conjunto: en su magnífico conjunto, y...

¡Bellos fueron y poéticos en verdad LOS TIEMPOS DE MARI-CASTAÑA!

\*\*

Ea, seamos claros.

Para elogiar lo pasado tomáis un conjunto de siglos, nos mostráis sus tendencias, sus aspiraciones, sus esfuerzos, sus glorias, y en seguida, examinando nuestra época día por día, detalle por detalle, deducís que nuestro siglo vale menos que los pasados, porque en el término de cortos años no encontráis realizadas grandezas que jamás cupieron en breves períodos.

El sistema os parece bien y no tongo reparo en acomodarme á él.

Vamos á hacer una excursión por los pasados siglos, por aquellos tiempos tan celebrados: vamos á buscar lo pequeño de lo grande, lo prosaico de lo poético, lo ridículo de lo augusto.

Condenáis el telégrafo eléctrico porque no trasmite períodos armoniosos! Condenáis los derechos individuales porque con ellos no se reparte un pedazo de pan! Conde-

náis la igualdad de clases que os permite usar levita como los caballeros, que salvó el pudor de vuestras madres de los ultrajes señoriales! Acusáis, en fin, á la civilización moderna...

Pues vamos á dar un paseo por las veredas de los siglos objeto de vuestras alabanzas.

¡Vamos alegremente!

Esa moderna civilización, de que abomina el Pontífice romano, podrá ser una mala hembra; ni lo afirmo ahora ni lo niego; pero con esa mismísima civilización tengo yo mis trapicheos y no puedo oír que ante lenguas, como no sea para alabarla y charlar coplitas á aquella sal y aquel garabato con que derriba los sombreros de los mozos de gusto.

Digo, en suma, que me encocora y empalaga el ver que se trate con dureza á mi querido siglo XIX, y lo miran de alto abajo, y quieran hacer de él mangas y capirotos, los que, fanáticos ó hipócritas patrocinadores de otros tiempos, sólo por virtud del siglo actual han dejado de ser tratados como avillanada canalla.

¡Hasta á judíos, á mercaderes y comediantes he oído yo lamentarse de la civilización moderna y de mi querido siglo, el único que no los achicharra, saquea é infama!

La gran caterva de ingratos hace coro con el ex-carbonario que impera en Roma todavía, y á cada ensayo que hoy malogramos, á cada paso en falso, al menor contratiempo, chilla y ruge, manotea los bajos del órgano y dispara los amstrongs, y clamando ¡escándalo! á cielo y tierra, sentencia á pena capital á mi pobre siglo declarándole el peor de todos.

¿Qué es eso de cerrar los ojos á las perfecciones de una hermosura y echarle en cara tal vez un sabañón, tal vez un defecto hereñado?

Los que tiran hacia atrás ¿quieren que retrocedamos de horror ante los granos de arena que acaso puedan lastimarnos los pies por el camino que seguimos?

Pues sin retroceder un paso vamos á descalabrarles con los guijarros que hacen intransitable la senda hacia donde nos llaman.

No os parece gran cosa el rápido navegar de los vapores, ni el paso de nuestras fragatas por el canal de Suez, ni la perforación de los Alpes, ni el cable trasatlántico... eso... es prosa, es... toda la calderilla de nuestros progresos materiales...

No os alegra el dominio adquirido por nuestro siglo sobre la materia; los problemas mecánicos resueltos os hacen dormir; los congresos económicos internacionales os hacen reír; la evolución uniforme del derecho creando en todas partes poderes electivos y responsables os fastidia; las guerras terminadas con dos

batallas dejan muerta de sed vuestra maravillosidad. ¡Oh pobrecitos...!

Ea, *omes de menor guisa*, emancipados merced á la revolución que despreciáis, os deseo felices noches.

Dormid y soñad que ya volvieron aquellos tiempos; soñad que el Papa tiene el imperio de Occidente; que á él debe el emperador su investidura; que el rey vive sometido al emperador; que el duque y el obispo ejercen elevadas soberanías; que les obedecen inmediatamente los grandes vasa los; que debajo de éstos imperan en extensos territorios los señores feudales, y que bajo su amparo vivís vosotros la vida del siervo, que es todo lo que os correspondería si volviesen LOS TIEMPOS DE MARI-CASTAÑA.

Vuelvan si es posible, para vosotros, poéticos, piadosos y mansos, no para mí ni los míos, gente prosaica, impía, poseída de orgullo satánico, que preferimos un trago de rejalgar enciclopédico, al néctar de la Edad Media.

Buenas noches.

¿Queréis que os arrulle el sueño? Pues voy á contaros un cuento, dos cuentos, varios cuentos de LOS TIEMPOS DE MARI-CASTAÑA.

## LOS JUDÍOS

He dicho ¡¡LOS JUDÍOS!!

Y qué! ¿No hay quien se estremezca de horror, y encendiéndose en ira suelte el libro con deseos vehementes de poseer machete, hacha, dogal y tea para volar tras la proterva raza, renovando las glorias de nuestros antepasados, cristianos á toda ley?

¡Cómo! ¡Nadie se meneal! ¿Ni el recuerdo de su crimen os excita á la piadosa venganza; ni su obcecación en el error os encoragina, ni siquiera sus inmundas riquezas os mueven á forjar aceleradamente una ganzúa?

¡Mirad que aún esperan al Mesías; mirad que aún no comen cerdo; mirad que aún son esclavos del vil trabajo; mirad que aún son ricos, riquísimos, archimillonarísimos!

¡Ah... hispano leyente! ¡Ah infeliz y degradado compatriota y contemporáneo mío..., confíesate indigno de tu progénie y cómplice de la vergonzosa tolerancia en que yace el siglo!

¡Los judíos!...

Quizá los ves indiferente ir y venir, comprar y vender, crecer y propagarse, adquirir predios rústicos y urbanos, acumular numerario, cir-

(Continuará)

IMPRENTA ARTISTICA DE SAEZ, HERMANOS  
MONSERRAT, 7.—MADRID.